

9.1 Vivir la historia

Unidad 9

- La Nueva Historiografía Francesa

9.2 De cara al viento: manifiesto de los nuevos "Anales"

9.3 Por una historia dirigida

9.4 Las investigaciones colectivas y el porvenir de la historia.

9.5 Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra: La historia historizante

9.6 Crítica de dos filosofías oportunistas de la historia: de Spengler a Tonybee

VIVIR LA HISTORIA PALABRAS DE INICIACIÓN

Me gusta la historia. No sería historiador si no me gustara. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amor y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas. Me gusta la historia y por eso estoy contento al hablaros hoy de lo que me gusta.¹

Estoy contento y es muy natural. No me gusta mezclar los géneros y sustituir la conferencia por la confidencia. Pero, en fin, os lo puedo decir: cuando en 1899 entré, como hoy vosotros, en esta casa después de un año de servicio militar (el primero de los siete años que por término medio entregaron los hombres de mi generación a la vida militar) me inscribí en la sección de Letras. Fue una traición, porque yo tenía pegada al cuerpo desde la más tierna infancia la vocación de historiador. Pero la vocación no pudo resistir ante dos años de retórica superior en el Louis-le-Grand, ante dos años de machacar el *Manuel de politique étrangère* de Émile Bourgeois (al que iba a volver a encontrar)¹

¹ Estas observaciones iban dirigidas a los alumnos de la Escuela Normal Superior en el comienzo de curso de 1941. Ante el ruego de que hiciera tres conferencias de orientación sobre historia económica y social, pensé que podría darles los consejos que van a leerse.

como maestro de conferencias en la Escuela). Anatole France cuenta en alguna parte que de niño soñaba en escribir una historia de Francia “con todo detalle”. Nuestros maestros, en los institutos, parecían proponernos el ideal pueril del pequeño Anatole. Se ha dicho que hacer historia era para ellos, si no aprender todos, por lo menos el mayor número posible de detalles sobre i misión de M. de Chamacé en las Cortes del Norte. Y naturalmente quien sabía un poco más sobre esos detalles se llevaba el gato al agua: ¡servía para historiador!

Tengo un poco de miedo de que las cosas no hayan cambiado mucho desde mis tiempos. Con ese humor normalista que conservó hasta los últimos momentos, el gran matemático Lebesgue, un colega que acabamos de perder en el Collège de France, nos confiaba un día que, según él, había dos clases de matemáticos: una clase temible, la de los inspectores generales, que confesaba no entender bien; y otra accesible, la que cada día avanzaba y ante la cual no se oponía ninguna dificultad. Paralelamente ¿no habrá dos historias, la primera de las cuales aprobaría todo el mundo igualmente? El problema es temerario. En cualquier caso no voy a hablaros de eso, sino de otra cosa. De la historia sin más. La que yo intento hacer progresar, la que me gusta.

I

¿Historia sin más?, me preguntaréis. No, ya que anunciáis charlas sobre historia “económica y social”. Precisamente por eso lo primero que debo deciros es que, hablando con propiedad, no hay historia económica y social. Y no únicamente porque la relación entre lo económico y lo social no es un privilegio — una exclusividad, como diría un director de cine— en el sentido de que no hay razón alguna

para decir económica y social en vez de política y social, literaria y social, religiosa y social o incluso filosófica y social. No fueron razones razonadas las que nos habituaron a relacionar de forma natural y sin mayores reflexiones los dos epítetos de económico y social. Fueron razones históricas muy fáciles de determinar — y, en definitiva, la fórmula que nos ocupa no es más que un residuo o una herencia de las largas discusiones a que dio lugar desde hace un siglo lo que se denomina el problema del materialismo histórico—. Por tanto, cuando utilizo esa fórmula corriente, cuando hablo de historia económica y social, no debe creerse que yo albergue alguna duda sobre su valor real. Cuando Marc Bloch y yo hicimos imprimir esas dos palabras tradicionales en la portada de los *Annales*, sabíamos perfectamente que lo “social”, en particular, es uno de aquellos adjetivos a los que se ha dado tantas significaciones en el transcurso del tiempo que, al final, no quieren decir nada. Pero lo recogimos precisamente por eso. Y lo hicimos tan bien que por razones puramente contingentes hoy figura sólo en la portada de los propios *Annales*, que pasaron a ser de económicos y sociales, por una nueva desgracia, a sólo *Sociales*. Una desgracia que aceptamos con la sonrisa en los labios. Porque estábamos de acuerdo en pensar que, precisamente, una palabra tan vaga como “social” parecía haber sido creada y traída al mundo por un decreto nominal de la Providencia histórica, para servir de bandera a una revista que no pretendía rodearse de murallas, sino hacer irradiar sobre todos los jardines del vecindario, ampliamente, libremente, indiscretamente incluso, un espíritu, su espíritu. Quiero decir un espíritu de libre crítica y de iniciativa en todos los sentidos.

Repito, por tanto: no hay historia económica y social. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición,

absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades. La definición es un poco larga, pero yo desconfío de las definiciones demasiado breves, demasiado milagrosamente breves. Y además en sus mismos términos descarta, me parece, muchos pseudo problemas.

A ello se debe, en primer lugar, que califique la historia como estudio científicamente elaborado y no como ciencia; razón por la cual, igualmente, al trazar el plan de la *Encyclopédie française* no quise fundamentarlo, como exigían los ritos, en la clasificación general de las ciencias; principalmente porque hablar de ciencias es, ante todo, evocar la idea de una suma de resultados, de un tesoro, si se quiere, más o menos repleto de monedas, unas preciosas y otras no; pero no significa subrayar lo que representa el resorte motor del científico, es decir, la inquietud, el replanteamiento no perpetuo y maniático, sino razonado y metódico de las verdades tradicionales, la necesidad de recobrar, retocar y repensar, cuando haga falta y desde que haga falta, los resultados adquiridos para readaptarlos a las concepciones y, más aún, a las nuevas condiciones de existencia que nunca acaban de forjarse el tiempo y los hombres, los hombres en el marco del tiempo.

Y, por otra parte, en la definición se habla de hombres. Los hombres son el objeto único de la historia, de una historia que se inscribe en el grupo de las disciplinas humanas de todos los órdenes y de todos los grados, al lado de la antropología, la psicología, la lingüística, etc.; una historia que no se interesa por

cualquier tipo de hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros. La historia se interesa por hombres dotados de múltiples funciones, de diversas actividades, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, chocan, se contrarían y acaban por concluir entre ellas una paz de compromiso, un *modus vivendi* al que denominamos Vida.

Definido así, se puede asir al hombre, por comodidad, de tal o cual miembro, por la pierna o por el brazo, más que por la cabeza. Es igual: siempre será el hombre entero lo que se arrastra desde el momento en que se tira de él. No se puede descomponer a un hombre en trozos sin matarlo. Por eso el historiador no tiene que hacer pedazos de cadáveres. El historiador estudia la vida pasada — y Pirenne, el gran historiador de nuestra época, lo definía un día: “un hombre que ama la vida y que sabe mirarla” —. En una palabra, el hombre de que hablamos es el lugar común de todas las actividades que ejerce y puede interesarse más particularmente por una de éstas, por su actividad, por sus actividades económicas por ejemplo. Con la condición de no olvidar nunca que esas actividades incriminan siempre al hombre completo y en el marco de las sociedades que ha forjado. Eso es, precisamente, lo que significa el epíteto “social” que ritualmente se coloca junto al de “económico”. Nos recuerda que el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro.

Me excuso por los aspectos un tanto abstractos que hay en

estas observaciones. Y al formularlas no pierdo de vista mi verdadero proyecto ni la razón profunda por la que estoy aquí en este momento. Ayer releía para vosotros textos curiosos y bellos. Hace años, en 1914, Hauser publicó algunas notas de Michelet, como siempre, plenas de destellos, de destellos de adivinación y genio. Entre ellas hay una lección profesada aquí mismo, el 10 de julio de 1843, ante los alumnos de tercer curso que terminaban en la Escuela e iban a partir hacia las provincias. Michelet imprimía ánimos a aquellos jóvenes a los que esperaba el duro oficio de profesor en un colegio real, en una ciudad sin archivos organizados, sin bibliotecas catalogadas, sin facilidades para hacer viajes ni posibilidades de evasión. Ponía de manifiesto cómo un historiador que quiere puede trabajar útilmente en todas partes. Hoy el problema ya no es el mismo. Pero, no obstante, yo quisiera intentar con vosotros—y salvando todas las diferencias — lo que intentaba Michelet con su autoridad, el ardor de su palabra y el resplandor de su genio. Consideraría que he pagado parte de la deuda contraída con esta casa si pudiera recuperar o consolidar alguna vocación de historiador vacilante; si pudiera desmontar los prejuicios nacidos contra la historia a causa de un desgraciado contacto con lo que muy frecuentemente se nos ofrece bajo ese nombre — con lo que se os ha enseñado y lo que se os reclamará todavía en los exámenes hasta el doctorado, único examen que escapa o, al menos, puede escapar al peligro—; si pudiera hacer vuestro el sentimiento de que se puede vivir siendo historiador.

Y ¿cómo hacer vuestro ese sentimiento — la convicción de que se puede vivir siendo historiador— si no es examinando ante vosotros, con vosotros, algunos de los problemas vivos que plantea hoy la historia a quienes se sitúan en la vanguardia de la investigación, a aquellos que, en la proa del barco, interrogan continuamente al horizonte que se extiende ante sus ojos?

Plantear un problema es, precisamente, el comienzo y el final de toda historia. Sin problemas no hay historia. Ahora bien, recordad que si bien no he hablado de “ciencia” de la historia, lo he hecho, en cambio, de “estudio científicamente elaborado”. Y estas dos últimas palabras no las he pronunciado para hacer bonito. “Científicamente elaborado”: la fórmula implica dos operaciones, las mismas que se encuentran en la base de todo trabajo científico moderno. Plantear problemas y formular hipótesis. Dos operaciones que ya a los hombres de mi edad se nos denunciaban como las más peligrosas. Porque plantear problemas o formular hipótesis era simplemente traicionar. Hacer penetrar en la ciudad de la objetividad el caballo de Troya de la subjetividad...

En aquel tiempo los historiadores vivían con un respeto pueril y devoto por el “hecho”. Tenían la convicción, ingenua y chocante, de que el científico era un hombre que poniendo el ojo en el microscopio captaba inmediatamente un haz de hechos. De hechos que se le entregaban, que eran fabricados para él por una Providencia, de hechos que no tenía más que registrar. Cualquiera de estos doctores en método hubiera tenido suficiente con echar una ojeada, aunque fuera breve, al ocular de un microscopio y mirar una preparación de histología para darse cuenta inmediatamente de que para el histólogo no se trata de *observar*, sino de *interpretar* lo que debe denominarse una abstracción. Cinco minutos hubieran sido suficientes para medir, en la toma de posesión por el científico de lo que con anterioridad preparó larga y difícilmente —en función de una idea preconcebida—, toda la parte personal del hombre, del investigador que sólo opera porque se ha planteado antes un problema y formulado una hipótesis.

Lo mismo ocurre con el historiador. No hay ninguna Providencia que proporcione al historiador hechos brutos, hechos dotados por lo extraordinario de una existencia real perfectamente definida, simple, irreductible. Es el historiador quien da a luz los hechos históricos, incluso los más humildes. Sabemos que los hechos, esos hechos ante los cuales se nos exige con tanta frecuencia que nos inclinemos devotamente, son abstracciones entre las que tenemos que elegir necesariamente —y abstracciones cuya determinación obliga a recurrir a los más diversos e incluso contradictorios testimonios—. Así es que esa colección de hechos, que tan a menudo se nos presentan como hechos brutos que compondrían automáticamente una historia transcrita en el mismo momento en que se producen los acontecimientos, tiene también una historia. Y lo sabemos: la historia de los progresos del conocimiento y de la consciencia de los historiadores. En tal medida que, para aceptar la lección de los hechos, tenemos perfecto derecho a reclamar que se nos asocie primero al trabajo crítico que sirvió para preparar el encadenamiento de los hechos en el espíritu de quien los invoca.

En el mismo sentido, me veo obligado a declarar en bien del oficio, de la técnica, del esfuerzo científico, que si el historiador no se plantea problemas, o planteándose los no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos. Porque los campesinos saben que no es conveniente llevar a los animales a la buena de Dios para que pasten en el primer campo que aparezca: los campesinos apriscan el ganado, lo atan a una estaca y le obligan a pacer en un lugar mejor que en otro. Y saben por qué.

¿Qué queréis? Cuando por casualidad se descubre una idea en uno de esos gruesos libros cuya redacción parece absorber las energías de nuestros mejores profesores de historia —manuales honorables, conscientemente preparados, cuidadosamente

redactados, atiborrados de hechos, cifras y fechas, enumeraciones de cuadros, de relatos o de máquinas —, en uno de esos libros que tienen más estampillas aduladoras para el Instituto, la Sorbona o las Universidades regionales que banderitas multicolores uno de nuestros buenos hoteles para turistas; y cuando la idea descubierta es la siguiente: “El período que vamos a estudiar (uno de los más vivos de nuestra historia) continúa al que precede y anuncia el que sigue; es importante por lo que suprime, pero también por lo que establece”, etc., ¿vamos a seguir preguntándonos por qué se burlan de la historia, se alejan de la historia, censuran y ridiculizan la historia numerosos hombres sanos, decepcionados al ver tantos esfuerzos, tanto dinero, tanto buen papel impreso que no conduce más que a propagar esa filosofía, a perpetuar esa historia papagáyica y sin vida en la que nadie experimenta nunca (para decirlo con palabras de Paul Valéry, palabras que hay que citar por fuerza) “ese suspenso ante lo incierto en que consiste la gran sensación de las grandes vidas: la de las naciones ante la batalla en que está en juego su destino; la de los ambiciosos cuando ven que la hora siguiente será la de la corona o la del cadalso; la del artista que va a descubrir su escultura o a dar orden de que se quiten todos los puntales y apoyos que sostienen aún su edificio”? ¿Cómo sorprenderse entonces de las violentas campañas contra la historia, de la desafección de los jóvenes, del retroceso continuado y de la verdadera crisis de la historia que los hombres de mi generación han visto desarrollarse lentamente, progresivamente, con seguridad? Pensad que cuando yo entré en la Escuela la partida estaba ganada. La historia había ganado la partida. Demasiado; demasiado, porque no aparecía ni siquiera como una disciplina particular y limitada. Demasiado, porque la historia daba la impresión de ser un método universal aplicable indistintamente

al análisis de todas las formas de la actividad humana. Demasiado, porque todavía hoy existen retrasados para definir la historia no por su contenido, sino por ese método, que no es ni siquiera el método histórico, sino el método crítico sin más.

La historia conquistaba, una a una, todas las disciplinas humanas. Gustave Lanson convertía la crítica literaria en historia literaria. Y la crítica estética pasaba a ser historia del arte con André Michel, sucesor del tempestuoso Courajod, el Júpiter tonante de la escuela del Louvre. La vieja controversia se convertía en historia de las religiones. La historia se dormía en sus laureles, satisfecha de sus progresos, orgullosa de sus conquistas, vanidosa por sus éxitos materiales. Frenaba su marcha. Volvía a decir, repetía, recogía, pero no recreaba. Y cada año que pasaba la voz de la historia se parecía más al sonido cavernoso de una voz de ultratumba.

Sin embargo, se iban elaborando nuevas disciplinas. La psicología renovaba a la vez sus métodos y su objeto bajo el impulso de Ribot, Janet, Dumas. La sociología se convertía a la vez en ciencia y en escuela a la llamada de Durkheim, Simiand y Mauss. La geografía íumana, instaurada en la Escuela Normal por Vidal, desarrollada en la Sorbona por Demangeon y en el Üollége de France por Jean Brunhes, satisfacía una necesidad de realidad que nadie encontraba en los estudios históricos, orientados progresivamente hacia la la arbitraria historia diplomática y absolutamente aparada de la realidad —y hacia la historia política completamente despreocupada por todo lo que no fuera la, en el sentido estricto de la palabra—. La inclinación de los jóvenes hacia las nuevas disciplinas iba en aumento. Llegó la guerra y estalló la crisis — para unos presentó el abandono, para otros el sarcasmo —. Ahora en, la historia ocupa demasiado lugar en la vida de estos espíritus como para que uno no se preocupe r sus

vicisitudes. Y como para contentarse tan sólo a alzar los hombros al hablar de ataques que pueden injustos en la forma, o malintencionados —y que lo son con frecuencia —, pero que traducen, todos, algo que es preciso remediar y rápido: un desencanto, una desilusión total — el sentimiento amargo de que hacer historia, leer historia es, en adelante, perder el tiempo.

II

Hay que poner remedio, pero ¿cómo?

Tomando clara consciencia de los lazos que unen a la historia, lo sepa o no, voluntaria o involuntariamente, con las disciplinas próximas. Lazos de los que su destino no la separa nunca.

Michelet decía a sus alumnos en la lección de 1834: “En historia pasa como en la novela de Sterne: lo que se hace en el salón se hace en la cocina. Absolutamente igual que dos relojes simpáticos, uno de ellos situado a 200 leguas señala la hora mientras que el otro da las campanadas”. Y añadía el ejemplo siguiente: Lo mismo pasaba en la Edad Media: el filósofo Abelardo proclamaba la libertad mientras que las comunas de Picardía la señalaban”. Frases muy inteligentes. Michelet — lo señalo de pasada — no establecía una jerarquía, una clasificación jerárquica entre las diversas actividades del hombre; no tenía en su espíritu la simplista metafísica del albañil: primera hilada, segunda hilada, tercera hilada —o primero, segundo, tercer piso—. Tampoco establecía una genealogía: esto deriva de aquello, aquello engendra esto. No; tenía la idea de un clima común — idea sutil e inteligente —. Y, entre paréntesis, es muy curioso comprobar que hoy, en un mundo saturado de electricidad, cuando la electricidad nos ofrece tantas metáforas apropiadas a nuestras necesidades

mentales, todavía nos obstinamos en discutir con gravedad sobre metáforas antiguas que vienen del fondo de los siglos, cargantes, pesadas, inadaptadas; todavía nos esforzamos en pensar sobre las cosas de la historia por hileras, etapas, escalones, bases y superestructuras, mientras que el paso de la corriente por el hilo, sus interferencias y cortocircuitos nos proporcionarían fácilmente todo un manojito de imágenes que se adecuarían con más flexibilidad al marco de nuestros pensamientos. Pero siempre ocurre así. Cuando un historiador quiere hacer teoría de la historia inspirándose en el estado de las ciencias, relee (si tiene un espíritu muy curioso) la *Introduction á la médecine expérimentale*, de Claude Bernard. Que es un gran libro, pero con un interés exclusivamente histórico. (La norma es: un siglo de retraso más o menos.) El pobre Plattard escribió, hace tiempo, un artículo en el que manifestaba su extrañeza porque el sistema de Copérnico no hubiera tenido más influencia inmediata en su tiempo y no hubiera operado una brusca revolución en el espíritu de los hombres. Hoy podría escribirse un hermoso libro sobre el sorprendente hecho de que, desde hace treinta o cuarenta años, todos los viejos sistemas científicos sobre los que se apoyaba nuestra quietud fueron destruidos o invertidos bajo el impulso de la física moderna. Hay que considerar de nuevo y volver a poner a punto no solamente los sistemas sino las nociones de base. Y todas: empezando por la del determinismo. Pues bien, yo pienso que dentro de cien años, cuando se haya realizado una nueva revolución, cuando hayan caducado las concepciones de hoy, los hombres inteligentes, los hombres cultos, los que harán las teorías de las ciencias humanas y principalmente la teoría de la historia, caerán en la cuenta, imagino, de que existieron los Curie, Langevin, Perrin, Broglie, Toliot y algunos más (para no citar más que científicos franceses). Y utilizarán algún resto de los escritos teóricos de

éstos para volver a poner al día sus tratados de método. Una puesta al día que tendrá cien años de antigüedad.

La cosa tiene escasa importancia, por lo demás. Porque aunque los historiadores no se den cuenta, la crisis de la historia no fue una enfermedad que atacara únicamente a la historia.

Fue y es uno de los aspectos, el aspecto propiamente histórico de una gran crisis del espíritu humano. Dicho más precisamente: tal enfermedad no es más que uno de los signos y, a la vez, una de las consecuencias de una transformación muy rara y muy reciente de la actitud de los hombres de ciencia, de los científicos, frente a la ciencia.

En realidad es muy cierto que en el punto de partida de todas las nuevas concepciones de los científicos (o mejor, de los investigadores, de los que crean, de los que hacen progresar la ciencia y con frecuencia se preocupan más de operar que de hacer la teoría de sus acciones) es muy cierto, repito, que en ese punto de partida hay el gran drama de la relatividad que ha llegado a sacudir, a socavar todo el edificio de las ciencias tal como se lo figuraba un hombre de mi generación en los tiempos de su juventud.

En aquel tiempo, vivíamos sin temor y sin esfuerzo sobre nociones elaboradas lenta y progresivamente, en el curso de los años, a partir de datos sensoriales y que pueden ser calificados de antropomórficos. Con el nombre de física se constituyó, en primer término, un bloque de saberes fragmentarios que originalmente se consideraban autónomos y distintos y que agrupaban hechos comparables en el sentido de que habían sido proporcionados a los hombres por uno u otro de sus órganos sensoriales. La óptica existía en función de la vista. La acústica en función del oído. La teoría del calor en función del sentido táctil y muscular. Más complicada ya, la mecánica era la ciencia del movimiento de los cuerpos percibidos a la vez por la vista y

por el sentido muscular, combinando así datos sensoriales de diferente origen; más complicada, pero, a pesar de ello, más rápida en su desarrollo, quizás a causa de una mayor riqueza de informaciones, de una más amplia curiosidad de los hombres que se interesaban por la mecánica debido a razones de orden práctico y técnico, es decir, para la construcción de máquinas, molinos o serrerías, por ejemplo, lo que planteaba problemas de hidráulica cada vez más complejos; para la fabricación y perfeccionamiento continuo de las armas de fuego, particularmente cañones, cuya construcción planteaba problemas de balística cada vez más arduos. Los otros capítulos de la física, aquellos en los cuales la experiencia humana era menos inmediata, se desarrollaron más lentamente; y todavía más lentamente los nuevos campos de la electricidad y el magnetismo, en los que todo o casi todo escapaba a la aprehensión directa de los órganos sensoriales.

No puedo hablar, porque encontraría muchas dificultades para ello y porque además sería bastante inútil para mi proyecto, no puedo hablar, digo, sobre cómo la mecánica se lanzó a conquistar poco a poco y a penetrar esos diversos capítulos. En primer lugar se anexionó la acústica interpretando las sensaciones sonoras con ayuda de las vibraciones. Después, constituyó una mecánica celeste, mediante la aplicación a los astros de las leyes humanas del movimiento —leyes del movimiento que el cerebro de nuestros antepasados obtuvo de su propio esfuerzo muscular—. Más tarde, la mecánica extendió sus leyes y sus métodos a todo el terreno de la teoría del calor y a todo el campo de los fluidos. Quedaba, sin duda, la óptica, el magnetismo y la electricidad, pero se consideraba que se podía ya anunciar su conquista. Y por adelantado se celebraba el triunfo universal e indiscutible de la física cartesiana, geometría del mundo; se abrigaban inmensas esperanzas, se anunciaba, se

veía esbozarse, se predecía, siempre sobre el mismo plano, la triunfal reducción de lo psíquico a lo físico. Y nosotros, los historiadores, estábamos a gusto en este universo científico en que todo parecía señalado por cifras conocidas, cuando, bruscamente, se hizo la revolución. Una revolución en dos tiempos: en primer lugar, la imprevista revelación de que la electricidad, el magnetismo e incluso la óptica se resistían a la anexión anunciada y celebrada por adelantado. Y después — sobre la base de la oposición formal que contra la mecánica, edificada por Newton a partir de las observaciones de Copérnico, constituía la electrodinámica fundada por Maxwell a partir de las experiencias de Ampère y Faraday— se realizó esa prodigiosa síntesis que trastocando las nociones primordiales de “tiempo”, “extensión” y “masa” abarcó por completo a la física y unió, en gavillas de leyes, los factores que había separado la antigua concepción.

Entretanto, una revolución análoga se operaba en el campo de la vida — una revolución engendrada por la microbiología — . De la observación se derivaba la noción de organismos compuestos por un número inmenso de células del orden de la milésima parte de milímetro. Y mientras que los organismos vivos observados a simple vista aparecían cada vez más como sistemas fisicoquímicos, los organismos que revelaba la microbiología eran organismos sobre los cuales la acción de las leyes mecánicas, el peso, etc., parecía despreciable. Escapaban a las opiniones de las teorías explicativas que habían nacido en los tiempos en que también los organismos, por lo menos los organismos elementales, parecían regidos por leyes de la

mecánica clásica. En cambio, los organismos que captaba la microbiología eran organismos sin resistencia propia, en los que hay más vacíos que llenos y que, en su mayor parte, no son más que espacios recorridos por campos de fuerza. De esta manera, el hombre cambiaba bruscamente de mundo. Ante él, por una parte, organismos como su propio cuerpo, visibles a simple vista, palpables con la mano; organismos con grandes mecanismos a los cuales —pensemos en la circulación sanguínea, por ejemplo— eran y seguían siendo aplicables las leyes de la mecánica clásica basadas en la geometría euclidiana. Pero ante él tenía igualmente los millones y millones de células de que está formado ese organismo. Células de una magnitud o de una pequeñez tal que no podemos representárnoslas. Y lo que ocurría al nivel celular desmentía claramente lo que pasaba al nivel de nuestras percepciones sensoriales. Estos últimos organismos que captábamos de golpe, los organismos que nos revelan los trabajos recientes, superaban, por decirlo así, y chocaban con nuestro “buen sentido”. Y los vacíos de que estaban tejidos nos habituaban también, en el campo de la biología, a la noción de discontinuo, que, por otra parte, se había introducido en la física con la teoría de los *quanta*; centuplicando los estragos ya causados en nuestras concepciones científicas por la teoría de la relatividad, la teoría de los *quanta* parecía volver a cuestionar la noción tradicional, la antigua idea de causalidad, y al mismo tiempo, en consecuencia, la teoría del determinismo, el fundamento indiscutible de toda ciencia positiva, el pilar inquebrantable de la vieja historia clásica.

De un solo golpe se hundía toda una concepción del mundo, toda la construcción de una representación del mundo abstracta, adecuada y sintética, elaborada por generaciones de científicos a lo largo de siglos sucesivos. Bruscamente nuestros conocimientos superaban a nuestra razón. Lo concreto rebasaba

los marcos de lo abstracto. El intento de explicación del mundo por la mecánica newtoniana o racional terminaba con un fracaso brutal. Se hacía necesario sustituir las antiguas teorías por otras nuevas. Se hacía necesario revisar todas las nociones científicas con las que se había vivido hasta entonces.

Sería demasiado largo indicar aquí en detalle lo que fue esta revisión. Señalemos que nada escapó a ella. Ni la concepción del hecho científico, ni la concepción de ley científica, ni la de azar. Ni tampoco la concepción total o de conjunto de las ciencias particulares y de la ciencia. Ciencias que Augusto Comte presentaba antaño como jerarquizadas en una clasificación cuyo doble defecto aparecía bruscamente. Defecto que consistía en desconocer la profunda unidad del trabajo científico y en transformar abusivamente el estado de hecho en estado de derecho; y que conducía, por ejemplo, a situar en la cumbre de las ciencias una geometría y una mecánica orgullosas, que se complacían con la imagen de su perfección y proponían sus leyes a las otras ciencias — sus leyes verdaderas, sus leyes abstractas, absolutas, universales y necesarias — como modelos y, por decirlo así, como un ideal. Las ciencias eran campos de dislocación magmas. Todos los descubrimientos se hacían, no «i el seno de cada una de ellas, en su corazón, sino en los bordes, en los márgenes, en las fronteras, allí donde se penetran entre sí. Eso sucedía con las ciencias particulares. Pero la ciencia por su parte se aproximaba al arte y, en general, podía decirse de ella lo que decía Berthelot de la química orgánica fundada en la síntesis, en 1860, en el momento de la euforia de los primeros triunfos. Proclamaba Berthelot: “La química crea su objeto”. Y añadía: “Esta facultad creadora, semejante a la del

arte, la distingue esencialmente de las ciencias naturales e históricas”. Porque estas otras ciencias, precisaba: “tienen un objeto dado de antemano e independiente de la voluntad y de la acción del científico; no disponen de su objeto”, mientras que la nueva química "tiene la capacidad de formar una multitud de seres artificiales, semejantes a los seres naturales y que participan de todas sus propiedades”. La distinción se hacía caduca en un momento en que, cada vez más, lo que aparecía a los científicos como el término mismo del esfuerzo científico no era el conocimiento sino la comprensión. Distinción caduca en un momento en que, precisamente, nuestros sabios definen cada vez más la ciencia como una creación, nos la representan “construyendo su objeto” y advierten en ella, en todo momento, la intervención del científico, de su voluntad y de su actividad.

Tal es el clima de la ciencia hoy. Un clima que no tiene nada en común con el de la ciencia de antaño, con el de la ciencia de cuando yo tenía veinte años. Esta ciencia y los postulados sobre los cuales reposaba han sido destruidos, criticados, superados. Hace años que los científicos han renunciado a ellos y los han sustituido por otros. Me planteo, por tanto, una pregunta, una simple y única pregunta: ¿Vamos a continuar siendo los historiadores los únicos que reconocen como válidos aquellos postulados? Y, por otra parte ¿de qué serviría esta reconquista si es cierto que todo el material de nociones científicas que utilizamos lo hemos tomado prestado precisamente de los hombres que hace decenas de años cultivaban las ciencias en el sentido napoleónico de la palabra, las ciencias del mundo físico y de la naturaleza? ¿No es posible sustituir las viejas nociones caducas por nociones nuevas, más exactas, más cercanas? Y al menos, ya que las ciencias de hace cincuenta años no son más que recuerdos y fantasmas ¿no es posible renunciar de una vez a apoyarnos sobre las “ciencias” de

hace cincuenta años para apuntalar y justificar nuestras teorías? Ése es el problema. Y responder, significaría resolver la crisis de la historia. Si es cierto que las ciencias son todas solidarias, la respuesta se conoce por adelantado. Es inútil proclamarla solemnemente.

Ése es el gran drama que se desarrolla ante nosotros. Uno de los grandes dramas, porque hay muchos otros que se ligan y se desligan bajo nuestra mirada sin que les prestemos un minuto de atención. Si tuviera tiempo, ¡cómo me hubiera gustado esbozar ante vosotros, a título de referencia y comparación, lo que puede denominarse la Tragedia del Progreso! Cómo me hubiera gustado mostraros a los creadores, a los animadores de las sólidas sociedades burguesas del siglo XIX fundamentando sobre la razón los comienzos de su poderío, sosteniendo este poderío con la ayuda de una filosofía claramente racionalista — y después, hacia finales del siglo XIX, cuando se anuncian las dificultades sobre el reparto del mundo, cuando las masas se organizan y reclaman cada vez más imperiosamente un nivel de vida más elevado —, cambiando de camisa, echando a la razón por la borda y, en el momento mismo en que dedican sus vidas a las técnicas, a esas aplicaciones de la ciencia que antiguamente sus padres exaltaban bajo el mismo nombre de progreso —esas aplicaciones de la ciencia que ya no les servían, sino que les esclavizaban—, dejando de creer precisamente en la ciencia y en el progreso cuya derrota proclamaban... Contradicción se resuelve, teniendo presente que valor humano de la ciencia pudieron ser esclavizados por sus técnicas. Cuando no existe un fin mayor que empuja a los hombres hacia los límites de su horizonte, los medios pasan a ser fines y convierten en esclavos a

los hombres libres.

Gran lección para nosotros, historiadores. La historia es la ciencia del hombre. No lo olvidemos nunca. Ciencia del perpetuo cambio de las sociedades humanas, de su perpetuo y necesario reajuste a nuevas condiciones de existencia material, política, moral, religiosa, intelectual. Ciencia de ese acuerdo que se negocia, de la armonía que, perpetua y espontáneamente, se establece en todas las épocas entre las diversas y sincrónicas condiciones de existencia de los hombres: condiciones materiales, condiciones técnicas, condiciones espirituales. Por ahí es por donde la historia descubre la vida. Por eso deja de ser maestra de siervos y de perseguir un sueño mortífero en todos los sentidos de la palabra: imponer a los vivos la ley dictada, pretenciosamente, por los muertos de ayer. Y porque tengo la suerte de saber que en esta sala hay jóvenes decididos a consagrar su vida a la investigación histórica, les digo con plena consciencia: para hacer historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero. Mezclaos con la vida. Con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad. Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, y sociólogos, y psicólogos; no hay que cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico a una velocidad vertiginosa. Pero hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente, lo que ocurre en el mar enfurecido. Cuando el barco esté amenazado no seáis como Panurgo, que se ensució de varonil miedo, ni tampoco como el pobre Pantagruel, que se contentó con elevar los ojos al cielo, abrazado al palo mayor, e implorar. Hay que arremangarse, como el hermano Juan. Y ayudar a los marineros en la maniobra.

¿Es eso todo? No. Eso apenas es nada si tenéis que

continuar separando la acción del pensamiento, la vida como historiador de la vida como hombre. Entre la acción y el pensamiento no hay ningún tabique, ninguna barrera. Es preciso que la historia deje de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de sustancia. Es preciso que penetréis en el viejo palacio silencioso donde la historia duerme, animados por la lucha, cubiertos de polvo del combate y de la coagulada sangre del monstruo vencido, y que, abriendo las ventanas de par en par con la sala llena de luz y restablecido el sonido, despertéis con vuestra propia vida, con vuestra vida caliente y joven, la vida helada de la Princesa dormida...

No serán intervenciones exteriores las que restablecerán la unidad del mundo —de un mundo desgarrado, roto, sangrante y que pide ayuda—. Corresponde a cada cual rehacer el mundo en sí mismo, a través del magnífico acuerdo entre su pensamiento profundo y su acción desinteresada, a través de ese don total que es el único que puede liberar nuestras conciencias de la muda interrogación que yo recordaba al comenzar, el único que ante la gran pregunta “¿tengo yo derecho?” nos permitirá, con toda la seguridad recobrada, responder: sí.

Perdonad el rumbo que han tomado estas observaciones. Hablo, ante todo, para los historiadores. Y si están dispuestos a pensar que hablarles así no es hablar como historiador, les conjuro a reflexionar antes de formular tal crítica. Porque es mortal. En la historia pasa como en cualquier otra disciplina. Necesita buenos obreros y buenos aparejadores, capaces de ejecutar correctamente los trabajos de acuerdo con planos de otros. Necesita también algunos buenos ingenieros. Y éstos deben ver las cosas desde un poco más arriba que el pie de la pared. Éstos deben tener la posibilidad de trazar plomos, vastos planos, amplios planos, en cuya realización puedan trabajar

después con provecho los buenos obreros y los buenos aparejadores. Para trazar planos, vastos planos, amplios planos, hacen falta espíritus vastos y amplios. Se precisa una visión clara de las cosas. Es necesario trabajar de acuerdo con todo el movimiento de su tiempo. Hay que tener horror de lo pequeño, de lo mezquino, de lo pobre, de lo atrasado. En una palabra: hay que saber pensar.

Eso es lo que, por desgracia, falta a los historiadores, sepamos reconocerlo, desde hace medio siglo. Y eso es lo que no debe faltarles ya. De lo contrario, a la pregunta “¿hay que hacer historia?” yo os diría muy claro: responded que no. No perdáis vuestra vida. No tenéis este derecho. Por lo demás, una visión clara y amplia de las relaciones que unen a la historia con las demás ciencias no es un impedimento para captar los problemas concretos y plantearlos de forma positiva y práctica. ¡Al contrario! Eso es lo que intentaré poner de manifiesto la próxima vez. Y si acaso los historiadores toman más gusto e interés por esas lecciones que por su introducción, les pediría que pensaran, simplemente, que todo sirve. Y que una buena cultura general es para el arquitecto quizá más útil que una buena práctica de los secretos de la albañilería.

Eso es lo que yo quería deciros hoy sin afectación. Y dar las gracias porque lo habéis escuchado sin fatiga.

DE CARA AL VIENTO

MANIFIESTO DE LOS NUEVOS “ANNALES”

Desde 1929, los *Anuales* han ido apareciendo continuamente.

Ni un solo año, fueran las que fuesen las calamidades que se cernían sobre Francia y el mundo, los *Anuales* desertaron de su doble tarea científica y educacional.

Los *Anuales* continúan. En un clima nuevo, con fórmulas nuevas. Y un nuevo título.

“¡Qué gusto por el cambio! Primero se llamaron *Anuales d’Histoire Économique et Sociale*. Después *Anuales d’Histoire Sociale*. Más tarde *Mélanges d’Histoire Sociale*. Y ahora *ANNALES* sin más. Con el largo subtítulo siguiente: *Économies, Sociétés, Civilisations*.”

Podríamos responder que esos cambios fueron en parte fortuitos. Pero ¿para qué excusamos? Bloch y yo quisimos, en 1929, unos *Anuales* vivientes. Y yo espero que los que por largo tiempo aún prolonguen nuestro esfuerzo prolongarán también nuestro deseo. Porque vivir es cambiar.

Sentimos gran admiración —y es para admirar— ante esas grandes revistas que se instalan en una parcela del saber con la

conciencia tranquila, con la indiferente placidez de una pirámide de Egipto. Allí están. Y allí se quedan. De lejos dan la impresión de una imagen majestuosa. Pero de cerca son tumbas. En el centro de su masa, las pirámides tienen cautivo a un muerto ilustre y momificado. ¡Viva el cemento y el vidrio transparente! Cuando su unión no responde ya a las nuevas necesidades, se le echa abajo sin pena ni remordimiento. Se reconstruye. Se vuelve a empezar. Es otro impulso: la fuerza en expansión de esas grandes ciudades de América que cada diez años reedifican sus avenidas y echan nueva piel.

Los *Armales* cambian, porque a su alrededor todo cambia: los hombres y las cosas. En una palabra: el mundo. El mundo del 38 no era ya el del 29. ¿Qué decir del mundo del 42 o del 46? ¿Qué decir que sea justo y eficaz?

Porque, comúnmente, vamos orquestando el tema romántico de las ruinas. Vamos descontando las centrales eléctricas, los viaductos y los puentes, los barrios de las ciudades y los pueblos olvidados. Y añadimos con los ojos abiertos por la inquietud, en voz baja: “Y la bomba atómica... ¡El mundo está arruinado!” ¿Arruinado? Hay algo distinto y más grave que las ruinas: la prodigiosa aceleración de la velocidad que acerca violentamente los continentes, está aboliendo los océanos, suprime los desiertos y pone en brusco contacto grupos humanos cargados de electricidades contrarias, los más obstinados hasta ahora en “conservar las distancias” en moral como en física: contacto brusco, cortocircuito...

Por eso es por lo que, en esencia, nuestro mundo está destruido. Es vital darse cuenta. Quien sólo tiene ojos para las ruinas se consuela pronto: “Paciencia... Al cabo de uno, dos, diez años, todo se habrá restaurado. Todas las estaciones de metro volverán a estar abiertas. Se habrán arreglado las carreteras. Y habrá plátanos en todas las fruterías”. — Falsa

seguridad.

Asimismo, hay una cierta forma de pensar sobre la velocidad que nos perturba también peligrosamente: “¡Bah! Problema de cambios. Ya se ha resuelto en el ámbito de las fronteras nacionales. Se trabaja para resolverlo a nivel continental. Se resolverá, claro está, a nivel de todo el planeta. Cuestión de tiempo, de estudio, de material. Principalmente de material...” Es la ilusión del ingeniero. Y también del político, rodeado de funcionarios a quienes se ha tenido que enseñar álgebra para que sepan manejar a los hombres.

Es cierto que hay problemas técnicos. Y problemas económicos. Pero el problema que cuenta para el futuro de la humanidad es el problema humano. Problema que en 1932, al volver de una visita a la Exposición Colonial donde había visto manifestarse, irresistible, la nueva osadía, yo planteaba en los términos siguientes: “El historiador vuelve a bajar a la ciudad, meditando sobre todos los desarreglos que se producen en la historia, las variaciones alternadas de las distancias entre razas, entre pueblos: unas, las distancias materiales, se hacen cada día más pequeñas; otras, las distancias morales, son enormes, quizás infranqueables”. — Ahí reside el drama. El drama de la civilización. En 1932 se anunciaba. En 1946 está en juego.

“Nosotras, civilizaciones, sabemos ahora perfectamente que somos mortales.” Esta frase, que Valéry escribió a finales de los años veinte, tuvo una gran resonancia. Para el historiador, por lo demás, no era una voz completamente nueva: el viejo Ballanche (para no citar más que un ejemplo) ya había dicho textualmente lo mismo en 1817. En uno y otro caso, reflexión de siniestrados. Claro que Ballanche podía tener tal opinión porque era ciudadano de una Europa prestigiosa y que se sentía y se proclamaba la tierra civilizada por excelencia, a pesar de las risitas burlonas de Fourier. Pero ¿y Valéry? Ya en tiempos de

los *Regarás sur le monde actuel* el problema no es tanto saber si *nuestra* civilización, que seguimos llamando *la* civilización, va a morir. Morir es una palabra noble, preñada de tranquilidad majestuosa y natural serenidad. El problema no es ni siquiera saber si nuestra civilización va a perecer asesinada. Es saber qué civilización se establecerá mañana en este nuevo mundo que ya se está elaborando en el fondo del crisol.

Porque *una* civilización puede morir; pero *la* civilización no muere. Es un instinto de los nombres, una propiedad de los hombres superarse, tomar su voluntad como trampolín para saltar siempre más alto. Sólo que, hasta el presente, ha sido en el marco estricto de los grupos limitados donde los hombres realizaban los mayores esfuerzos. Así es cómo producían civilizaciones de grupos, de tribus, de naciones, incluso de continentes o porciones de continentes: civilizaciones parceladas. Sin ninguna duda, mañana, por primera vez y salvo catástrofe, los hombres presentarán, si no inmediatamente una civilización mundial, la civilización de los terrestres extendida por la ecumene, sí, al menos, una o dos civilizaciones intercontinentales, que, alimentadas por varias civilizaciones locales, se prepararán, enfrentándose, para absorberse recíprocamente.

¿Cuáles serán las etapas de este inmenso proceso? ¿Cuáles serán los primeros éxitos parciales? ¿A qué niveles sucesivos se establecerán? ¿Qué representarán en la obra total las aportaciones de los no europeos? ¿Qué ocurrirá con nuestra civilización en esas civilizaciones a escala mundial que la sustituirán? Secreto del futuro. Que uno quisiera prever y, si no saber, adivinar...

“Todo eso son locuras. Y en la pluma de un historiador...” — Ya, ¿y de qué pluma quisierais que viniesen esas observaciones de historia? Porque, al fin y al cabo, por favor,

¿qué ocurrió en Europa en los siglos vi, vn, vrn, ix y x? ¿Qué ocurrió ya, sino una batalla de civilizaciones en medio de convulsiones sin nombre, derrumbamientos, destrucciones, incendios intermiten

tes pero prolongados, con remisiones y repeticiones? Una recíproca digestión de civilizaciones: bárbaros contra romanos, nórdicos contra mediterráneos, asiáticos contra europeos. En cuyo término está, fresca y joven, la civilización cristiana de la Edad Media. Todavía ayer, nosotros vivíamos únicamente esta gran innovación. Entonces ¿no son pasos atrás mis “predicciones” de historiador?

Un hecho es cierto ya desde ahora: vivir, para nosotros y para nuestros hijos, será mañana, es hoy ya, adaptarse a un mundo perpetuamente resbaladizo.

Ha comenzado una gran tarea. Tarea que no se detendrá, sea cual fuere la duración de las paradas y las treguas. Liquidad vuestros “seguros de vida”, compañías de seguros. Ya ha pasado el tiempo en que los padres ponían en vuestras huchas varios centenares de escudos asegurando a sus hijos, para recuperarlos con intereses veinte años más tarde. Desarrollad vuestros “seguros contra incendios”, modernizándolos. Y también los “seguros contra robos”...

Sí. Vamos a estar muy amenazados. Gemir no sirve para nada. Es preciso acomodarse. Y ante todo no perderse. Hacer balance cada día. Situarse en el tiempo y en el espacio.

El espacio, que también denominamos universo: esa bolita de materia perdida, entre otros tantos millones, en un rincón de la Vía Láctea y que empieza ya a no ser suficiente para nuestros sueños de exploradores. Por vez primera tomamos conciencia de su pequeñez. ¡Medida en toesas era tan grande! En kilómetros, ya no tanto. A la velocidad de un avión ya no es nada. Uno sube al avión por la mañana en Karachi y toma el té al día siguiente en Londres a las 4 de la tarde. ¿Es casualidad que desde hace diez años, cansados de un planeta sin incógnitas, soñemos con

cohetes, excursiones al infinito, en dirección a esa pálida luna que un día acabaremos por alcanzar?...

Sí, bruscamente, nuestro humilde planeta nos parece pequeño, mezquino, sin misterio... Planeta en el que, sin embargo, liemos de pasar nuestra existencia, de grado o por fuerza, blancos, negros o amarillos. La Casa de los Hombres, con su “Reglamento” al pie de la escalera: a cualquier infracción, la muerte...

Casa de cien pisos, casa de mil habitaciones. De todos los colores, de todas las dimensiones, con todas las clases de muebles. Pero hay que conocerse unos a otros porque ahora — a unos pasos en el pasillo o a un par de rellanos en el ascensor—el amarillo entra en casa del blanco y el blanco en casa del negro, metralleta en mano y con el saco tirolés a la espalda, lleno de buenas cosas que comer: son los dos aspectos más recientes del internacionalismo.

La primera tarea del europeo de 1946 es aprender a conocer la disposición de este universo, el contenido de sus compartimientos, llenos de mercancías y también de fuerzas de las que hay que levantar inventario, pero, siempre, sólo desde el punto de vista del hombre. ¿Y la segunda tarea? Situarse en relación no solamente a las sociedades que vivieron antes de nuestro nacimiento en nuestra propia vivienda, sino en relación a todas las que en las otras viviendas de la Casa de los Hombres precedieron a los actuales huéspedes, ordenaron las habitaciones, dejaron algunos muebles a sus herederos, mantuvieron ciertas relaciones con nuestros antepasados. El Espacio es la primera coordenada, La segunda, el Tiempo. Tomemos prestada la fórmula de Gustave Monod, reformador de nuestra enseñanza secundaria: el hombre culto en 1946 es “el capacitado para captar su situación de hombre en el tiempo y en el espacio a la vez. El que es capaz de relacionar con otras

civilizaciones aquella de la que es actor y testigo. El hombre que con el conocimiento de un cierto número de acontecimientos esenciales ha adquirido, desde la escuela y mediante la escuela renovada, una especie de experiencia sobre la muerte y la vida de las civilizaciones...**

En definitiva, hablar de Espacio es hablar de geografía. Y hablar del Tiempo es hablar de la historia.

Otras soluciones, ciertamente, tienen sus defensores.

“Mirad al vecino”, diremos. De él viene el peligro. Incluso si no os quiere mal, se ha establecido tal codo a codo entre los hombres —blancos, negros, amarillos — que todo movimiento de unos repercute inmediatamente en los otros. Un codearse. Lo que no quiere decir fraternidad. Porque, ¡qué extraños e inquietantes vecinos hay a nuestro alrededor! Son hombres, ya está dicho todo.

Yo digo: sí, el humanista dice que son hombres. Y vosotros decís: miradles. Y yo respondo, con Sócrates: “Miraos a vosotros mismos. Tomad conciencia del Hombre que hay en vosotros; del Hombre semejante al Hombre, a través de los siglos y las civilizaciones. Siempre el mismo, con sus virtudes, sus cualidades, sus excelencias. Y del que sólo cambian las formas externas, las apariencias. Despreciad al hombre circunstancial, sin grandeza ni constancia. Id rectos al Hombre eterno. Trabaja, niño, en liberarle en ti mismo. Acaba de esculpirle, adulto, en ti mismo. Fuerte, orgulloso, sólido, capaz de resistir ante las presiones del exterior, sin dejarse aplastar...”

¿El Hombre eterno? Pero en esta bella academia, ejecutada de acuerdo con las reglas (elegir diez bellos modelos; tomar los hombros de uno, las piernas de otro, etcétera), ¿no conduce todo

nuestro esfuerzo propio, jóvenes “ciencias del Hombre” (psicología, ecología humana, etnografía, folklore, sociología, y la historia naturalmente) — todo, incluso la cirugía de Leriche, que cada día se considera más humana, más directamente preocupada por el ser humano—, no conduce, repito, a oponer cada vez más a los hombres?

¿No hablaban de buen grado los geógrafos de hace treinta años del “Hombre” y de sus obras sobre la tierra? ¿No les hemos obligado a no hablar más que de grupos humanos y de sus prodigiosos esfuerzos de adaptación mediante los cuales se explica el éxito terrestre de seres tan débilmente armados por la naturaleza, tan frágiles, tan vulnerables y que, sin embargo, se encuentran tanto en el círculo polar como en el Ecuador, en Groenlandia o en el Congo, en todas partes, o casi exactamente en todas las de la superficie del globo? ¿No reside todo nuestro deseo en captarlos trabajando, en ese perseverante y magnífico esfuerzo que los grupos humanos siguen realizando desde que existen sobre la tierra para insertarse en los ¿ubientes más hostiles y dislocándolos, disgregándolos, aprovechando las menores fisuras, conseguir un espacio cada vez más grande, trazarse un papel, es decir, vivir, en la plenitud humana de esa hermosa palabra?

“Míraos a vosotros mismos.” Pero cuando nos autopenetramos, cuando nos observamos a nosotros mismos en profundidad, nos sorprendemos al encontrar no los lineamientos de una academia tan perfecta como sea posible en su abstracta desnudez, sino las numerosas huellas de nuestros antepasados: una sorprendente colección de testimonios de edades antiguas, de antiguas creencias, de viejas formas de pensar y sentir que cada cual hereda el día de su nacimiento, sin saberlo. Y que nuestros historiadores descubren hasta en la conciencia de Pendes, de Fidias, de Platóiy — al precio de un

sacrilegio que siempre reprueban nuestros humanistas de esricta observancia —. Porque, en el fondo, hallazgos ta- es no nos gustan mucho; nos humillan. Nos rebajan inte nuestra propia mirada. Pero, al fin y al cabo, los hechos están ahí. Y a veces, bajo el golpe de una vio lenta emoción, individual o, con más frecuencia, colectiva, ¿no resurge bruscamente el viejo fondo heredado, el viejo fondo salvaje, provocando pánicos, animando con furor sagrado a toda una multitud, introduciéndose en nosotros hasta el punto de "alienamos"? Mirémonos a nosotros mismos. ¡Cuántos hallazgos para la arqueología de los pensamientos humanos hay en los estratos sucesivos de esos aluviones que llenan el fondo de nuestras conciencias! Legado de nuestros antepasados. Pero aceptarlo a título de inventario es imposible. La muerte nos sigue, aun estando vivos.

Entonces, a la tarea, rápido, historiadores. Basta de discusiones. El tiempo pasa, el tiempo presiona. Quizás os gustaría que se os dejara respirar el tiempo necesario para que cada cual barra delante de su puerta. Seguro que se trata de eso. El mundo os empuja, el mundo os sopla al rostro su aliento de fiebre. No, no se os dejará tranquilos. Ni los ingleses, ni los americanos, ni los rusos, ni los libaneses, ni los sirios, ni los árabes, ni los cabileños, ni los mozos de cuerda de Dakar, ni los boys de Saigón. ¡Tranquilos! ¡Pero si estáis cogidos entre la masa! Prensados, empujados, atropellados por gentes que no han aprendido buenos modales, esos buenos modales vuestros de los que estáis tan orgullosos. (Aunque ya se sabe en lo que se convierten vuestros buenos modales a la menor ocasión.) Los vecinos os pisan los talones: “Quítate de ahí, quiero ponerme yo”. ¿Qué hacer? Poner un gesto altivo: “Pero caballero...” El caballero de la Cabila y el caballero tonkinés se burlarán un buen rato

—y luego os darán un empujón realmente fraternal—. Y entonces ¿qué? ¿Tanques, cañones, aviones? Pero ellos también tienen. Vosotros mismos se los vendéis. Y además, son demasiados, demasiados, demasiados... ¿Espolvorear con bombas atómicas todo el universo, metódicamente, kilómetro por kilómetro? ¿Bombardeo de precisión? Hermoso progreso, pero se conocen medios más baratos para suicidarse...

El mundo de ayer terminó. Terminó para siempre. Si nosotros, franceses, tenemos una posibilidad de salvarnos es comprendiendo más rápido y mejor que los otros esta evidente verdad. Dejando los restos del naufragio. Al agua, os digo, y nadad rápido. Trabajemos en hacer de la solidaridad de hecho que desde ahora une a los naufragos — y que mañana unirá a todos los hombres — una solidaridad de trabajo, de intercambio, de libre cooperación. Hemos perdido todos o casi todos nuestros bienes materiales. Pero nada hemos perdido si nos queda el espíritu. Expliquemos el mundo al mundo.

Por la historia. Pero ¿qué historia? ¿La que “cuenta” la vida de María Estuardo? ¿La que proyecta “toda la luz” sobre el caballero de Eon y sus faldas? ¿La que durante cincuenta años estudia los dos últimos segmentos del cuarto par de patas? Perdón, me confundo.

¡Pues bien, no! No tenemos tiempo. Demasiados historiadores, bien formados y conscientes (eso es lo peor), demasiados historiadores se dejan influir por las pobres lecciones de los vencidos del 70. ¡Trabajan bien, claro! Hacen historia de la misma manera que tapizaban sus abuelas. Al puntillo. Son aplicados. Pero si se les pregunta el porqué de todo ese trabajo, lo mejor que saDen responder, con una sonrisa infantil, es la cándida frase del viejo Ranke: “Para saber exactamente cómo pasó”. Con todo detalle, naturalmente.

No tenemos tiempo, ni tampoco derecho. ¿Con qué ansiedad me interrogaba sobre mi deber hace veintiséis años, en 1920, al subir por vez primera al estrado de mi cátedra en la universidad de Estrasburgo liberada! Yo había sobrevivido, pero tenía presente Tos cementerios donde dormían, sin sosiego, los muertos de dos generaciones cortadas en flor.

¿Tenía yo, como historiador, derecho a rehacer la historia, a consagrar a la historia mi tiempo, mi actividad, todas las fuerzas que me quedaban, mientras que tantas otras necesidades requerían con urgencia la colaboración de los ciudadanos? ¿Tenía yo, como profesor, derecho a predicar con el ejemplo, a comprometer conmigo a jóvenes en el camino que yo seguía? ¿Con qué redoblada angustia debemos interrogarnos hoy, todos, en una situación mucho más dramática?

Para responder con claridad. Así es como yo contesto aquí, sin vacilar: “Hacer historia, sí. En la medida, precisamente, en que la historia es capaz, *la única capaz*, de permitirnos vivir con reflejos distintos de los del miedo, en un mundo en situación de inestabilidad definitiva; con reflejos distintos de los del miedo que se experimenta en los descensos sin rumbo a las cuevas, cuando todo el esfuerzo humano queda reducido a sostener, a apuntalar durante algunas horas los techos hundidos, la techumbre en minas, por encima de nuestras cabezas vacilantes”.

Hablo de la historia. De la historia que no liga a los hombres. De la historia que no obliga a nadie. Pero sin la cual no se hace nada sólido. Quien quiera levantar el Sacré-Coeur en lo alto de Montmartre debe realizar primero un sondeo a través del otero hasta el nivel del Sena. Arenas, margas, yesos, calizas: se puede construir con conocimiento de causa cuando se sabe lo que sostiene el agrietado suelo de la superficie. Claro está que la geología no obliga al arquitecto a hacer estilo neobizantino antes

que neogòtico. Sea cual fuere el estilo que finalmente se adopte, la geología le permite cimentar sólidamente su edificio, sin que se hunda al año siguiente. Lo mismo ocurre con la historia. Comprende y hace comprender. No es una lección que hay que aprender, devotamente, cada mañana, sino, realmente, una condición permanente de atmósfera. Eso es lo que siempre ha sido, aquí, para Marc Bloch y para mí. Lo que será mañana para todos los amigos que me ayudaron en mi trabajo. La historia responde a las preguntas que el hombre de hoy se plantea necesariamente. Explicación de situaciones complicadas en cuyo ambiente el hombre se debatirá menos ciegamente si conoce su origen. Recuerdo de soluciones que fueron propias del pasado — y que, en consecuencia, no podrán ser en ningún caso las del presente —. Pero entender bien en qué se diferencia el pasado del presente, ¿no es una gran escuela de flexibilidad para el hombre alimentado por la historia?

“Así es que subordina usted la majestad de una ciencia a las exigencias de lo que nuestros periodistas llaman actualidad...” Yo no subordino nada en absoluto. No confundo — es necesario asegurarlo — a los historiadores con esas amables señoritas a las que los abonados de la telefónica, marcando las letras S. V.P., pueden preguntar sobre la edad de sus contemporáneos célebres o sobre los distintivos de los diversos grados en el ejército peruano. Pero tampoco creo que deba subsumir bajo el concepto de Eternidad al Fulgence Tapir del viejo Anatole France. Pido a los historiadores que cuando van al trabajo no se pongan a él como Magendie: Magendie, el maestro de Claude Bernard, el precursor de la fisiología, al que tanto le gustaba vagar, con las manos en los bolsillos, entre hechos raros y curiosos y entre los restos, como el traperero, según decía. Yo les pido que trabajen como Claude Bernard, con una buena hipótesis de trabajo en la cabeza. Que no se hagan

nunca coleccionistas de hechos, a lo que salga, como antaño uno se hacía buscador de libros en los andenes. Y que nos proporcionen una historia no automática, sino problemática.

De esta manera operarán sobre su época. Y permitirán a sus contemporáneos, a sus conciudadanos comprender mejor los dramas de que van a ser, de que ya son, todos juntos, actores y espectadores. Así es cómo aportarán los más ricos elementos de solución a los problemas que turban a los hombres de su tiempo.

Método histórico, método filológico, método crítico: Lellos útiles de precisión. Honran a sus inventores y a las generaciones de usuarios que los recibieron de sus antepasados, perfeccionándolos al utilizarlos. Pero no es suficiente para ser historiador con saber manejarlos y con el gusto por su utilización. Sólo es digno de este hermoso nombre quien se lanza completamente a la vida, con la sensación de que sumergiéndose en ella, bañándose en ella, penetrándose en ella de humanidad presente, despliega sus fuerzas de investigación, su potencia de resurrección del pasado. De un pasado que detenta y que restituye, en intercambio, el secreto sentido de los destinos humanos.

ria, una ciencia a promover, lo que importaba. Era el historiador, un libro a firmar. Vanidades de autor.

No soy lo bastante ingenuo como para dejar de pensar que ese estado de ánimo — un poco atenuado, sin duda — sigue existiendo todavía. Pero es un efecto y no ya una causa. Procede de fuertes convicciones antagónicas en buena lógica, pero que a pesar de ello acaban por unirse. En unos, convicción de que la historia "no es una ciencia". En otros, la convicción de que al ser la historia una ciencia, prohíbe al historiador, "naturalmente", toda elección de elementos, cualquier interposición de ideas (en forma de hipótesis o incluso de teorías) entre la simple elección de documentos y su presentación al lector. No intentaremos discutir detalladamente esas contradictorias concepciones. La persistencia de su éxito en los ambientes históricos sólo se explica por el total desconocimiento de la solidaridad que une, de grado o por fuerza, todas las disciplinas científicas entre sí, y, por otra parte, por la ignorancia absoluta y serena ae la evolución, o de la revolución, que en nuestros días se ha producido en las ideas de cuerpos enteros de científicos sobre lo que se ha convenido en llamar objetividad científica.

Hay que decirlo de una vez y brevemente: no, la ciencia no se hace en una torre de marfil gracias a la íntima y secreta operación de científicos espiritualizados que viven una vida de intelectualidad pura, fuera del tiempo y del espacio.

La ciencia —y entiendo por tal la sociedad de las ciencias— se hace gracias a hombres que se sumergen en el ambiente de su época; y eso vale para los matemáticos, los físicos, los biólogos... y los historiadores; y es así no sólo

porque opera sobre todos de la misma forma, sino también porque actualiza la relación de sus actividades científicas con el conjunto de las demás actividades que se realizan en la misma época.²

En otros términos: la ciencia no es un imperio en el imperio. No se separa del medio social en el cual se elabora. Sufre la presión de éste, la imposición de múltiples contingencias que pesan sobre su desarrollo. Por esa razón, entre paréntesis, la historia de la ciencia está muy lejos de constituir un lúgubre y polvoriento conservatorio de teorías muertas y explicaciones caducas; al contrario, representa un capítulo vivo de la historia general del pensamiento humano: señala, en definitiva, la adaptación del espíritu a las cosas y la toma de posesión del medio por el hombre.

De ahí se sigue que la historia no puede quedar al margen de las transformaciones de la ciencia, teniendo en cuenta que las ciencias de la naturaleza han subido los efectos de una verdadera revolución ideológica en las dos últimas décadas; que han visto cómo se hundía, gracias a una serie de rápidos y sorprendentes progresos de la física, toda la construcción teórica elaborada por generaciones de sabios en los siglos xvii, xviii y xix; que el intento de explicar el mundo mediante la mecánica "racional" ha terminado en fracaso al romper lo concreto los marcos de lo abstracto; que se ha hecho necesario proceder a una revisión de conjunto de todas las nociones científicas con las cuales se había vivido hasta

2 Sobre todo esto, ver además de las recensiones de las *Semaines Internationales de Synthèse* — principalmente las exposiciones sobre el tema "Ciencia y Ley"⁹ (quinta semana, París, Alean, 1934, en 12) el interesante volumen colectivo titulado *A la lumière du marxisme* (París, E.S.I., 1935, en 8.º) y mis reflexiones sobre ese tema: "Un débat de méthode: Techniques, Sciences et Marxisme" (*Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 1935, páginas 615-623).

ahora; que, finalmente, a esta revisión no ha escapado nada de lo que es esencial: ni la concepción del hecho científico, ni la de la ley; ni la de la necesidad; ni la de la contingencia; ni siquiera la concepción de las propias ciencias y de la ciencia misma... de la ciencia que construye su objeto con la constante y grave intervención de los científicos. Quiéralo o no, la historia está implicada en todo esto. La historia se hace risible cuando se obstina en referirse a todo un bagaje de ideas que tienen un siglo de antigüedad y son rechazadas hoy por los científicos de quienes no hace mucho tiempo la historia las tomó prestadas. Y si es verdad que todas las ciencias son solidarias, la historia se hace risible por nada, por mero gusto.

Ahora bien, ¿qué nos enseñan esas ciencias solidarias cuyo ejemplo debe pesar sobre la historia? Muchas cosas, pero principalmente esto: que todo hecho científico es “inventado” y no simplemente dado al “sabio”. Que la vieja distinción entre observación, fotografía de lo real, y experimentación, intervención en lo real, debe ser revisada por completo. Que la observación no proporciona en ningún caso datos sin más. Que la observación es una construcción. Como son construcción los mismos “puntos de vista” que se utilizan para tal o cual verificación o demostración de la teoría. Que, en consecuencia, es inoperante la tan frecuentemente repetida objeción de que “el historiador no tiene derecho a elegir los hechos”; porque, en realidad, el científico, en cualquier disciplina, elige siempre y porque, además, toda historia es ya elección desde el momento en que existe el azar que destruyó cierto testimonio, cierta huella del pasado o tal conjunto determinado de documentos, salvaguardando otros. Y por último, que anclarse en tantos viejos prejuicios sobre el verdadero valor del trabajo científico conduce, en el propio seno de la historia, a la absurda e ingenua

creencia de que es obra pía reunir hechos “para nada”, por gusto, esperando que llegue un espíritu capaz de dominarlos. Y en lo que se refiere a las relaciones entre la historia y las ciencias próximas conduce a la teoría, tan cara a los sociólogos de antaño (y tan propicia, además, para sus ambiciones), de que el historiador es el albañil obligado a tirar de la carretilla y a pulir la cantería que el sociólogo-arquitecto vendrá luego a ensamblar. ..

Hay que desterrar de una vez para siempre el ingenuo realismo de un Ranke imaginándose que podría conocer los hechos en sí mismos “como han ocurrido”. Tanto la “realidad histórica” como la realidad física se perciben a través de las formas de nuestro espíritu. La vieja distinción, el tradicional esquema de trabajo histórico (establecer los hechos para operar con ellos) debe ser sustituido por otro que tenga en cuenta tanto la técnica de hoy como la práctica de mañana, tal como ya se anuncia. Historiador, no razonemos como el lógico deseoso de elevarse progresivamente, jerárquicamente, de lo simple a lo compuesto y reconstruir, peldaño por peldaño, la escalera que lleva de la tarea más simple a la más alta. El orden que aquí se impone es el orden genético. Y desde este punto de vista lo que aquí importa es la existencia, la confección y la perpetua puesta al día de programas de investigación ampliamente meditados y de gran alcance.³

¿Así es que en la base de la historia debe haber “teorías”? La palabra no tiene nada que pueda hacerme retroceder. ¿De

³ Ver *supra*, *De 1892 a 1933: Examen de conciencia de una historia y un historiador*, página 15.

quién eran si no esas opiniones subversivas que yo leía no hace mucho tiempo: “una teoría es una construcción del espíritu que, respondiendo a nuestra natural e imperiosa necesidad de comprender, está destinada a proporcionarnos una explicación de los hechos. En este sentido, *la teoría es la expresión misma de la ciencia... cuyo objeto último no es el descubrimiento de leyes, sino la comprensión de los fenómenos”? ¿Quién era ese sospechoso metafísico? Un biólogo, Anthony, citado por otro biólogo, Fraipont.⁴ Terminaron, se han invertido los tiempos que evocaba últimamente Louis Lapique⁵ y la excitación de trapero de ronda que describía Magendie: “Me paseo por ahí dentro como un trapero y a cada paso encuentro algo interesante que meter en el saco”. “Por ahí dentro” era el dédalo de un cuerpo viviente. Todavía hoy, para muchos historiadores, “por ahí dentro” es el dédalo de una historia viviente... Pero a la opinión de Magendie, Lapique oponía la de Dastre. Hay que saber retenerla para nuestra causa, historiadores; la ciencia nos cubre: “Cuando no se sabe lo que se busca tampoco se sabe lo que se encuentra”.

¿Por qué iba a ser imbecilidad y locura para el historiador lo que es válido, sabiduría y razón para el biólogo? ¿Cómo va a aceptar lanzarse por más tiempo a la ventura, sin brújula, aisladamente, y sin implorar a más dios que el azar, el hombre que trata de trabajar en la más compleja de todas las disciplinas como es la actividad histórica de los hombres? Este hombre, todavía actualmente, en el campo de la historia, sin importarle quién se instala ni dónde, sin importarle los materiales que emplea ni en qué dirección trabaja, construye a su aire — más

4 Ch. FRAIPONT, *Adaptations et mutations*, París, Hermann, 1932, en 8.º.

5 “L’orientation actuelle de la physiologie” (R. *Philosophique*, 1930, n.º 9-10).

pequeño o más grande—su trozo de pared. Tras lo cual, frotándose las manos, exclama: “Mi parte para el futuro palacio”. Pero no. Ni siquiera es una parte. Cuando se quiera construir el palacio se mandará venir al arquitecto, que trazará su plano. Y lo primero que hará será echar por tierra todos los palmos de pared disparatados para que no obstruyan el terreno. Empecemos, también nosotros, por el comienzo: por los planos de arquitecto.⁶

Plan de coordinación, esencialmente. Y de cooperación. Por eso recomendamos las “investigaciones colectivas” que nunca perdimos de vista. Ya han pasado los tiempos del universalismo. En todas partes, en todas las disciplinas. Se nos dice: “Ciard fue el último naturalista completo”. Se nos dice: “Sylvain Lévi fue el último indianista completo”. Sea. ¿Cuál es la lección a sacar?, ¿que muerto Alejandro se divide su imperio? Es decir: ¿que llegarán hombres que serán maestros solamente a una de las partes del inmenso imperio que un Sylvain Lévi podía aún poseer y regir enteramente? Pero ¿es ésa la única conclusión? Yo, por mi parte, veo otra.

Restringir el campo de acción del científico es aumentar la plaga de la “especialización”. Es hacerla irremediable. ¿Y si se dejara al sucesor de Alejandro reinar sobre todo el imperio, pero imponiéndole la colaboración de cinco o seis hombres —un

6 Permítaseme recordar, no sin orgullo, que la *Encyclopédie française* tal como yo la he concebido — *Enciclopedia de problemas* y no de referencias — representa la mayor tentativa que se ha hecho hasta el día de hoy en país alguno para aproximar mutuamente y ponerlos en contacto con el público culto no a vulgarizadores de talento, sino a los propios creadores, a los “inventores” úo la ciencia, en todos sus campos: hombres, que situados a la cabeza de las investigaciones matemática, física, biológica, etc., sacan sus ideas no de tratados o manuales, sino de su lucha continuada y cotidiana contra lo desconocido en lo que cada día conquistan un poco más.

general, un diplomático, un financiero, un constructor— y con la función de organizar la coordinación, regular las tareas y definir los trabajos?

Traspasemos el ejemplo a nuestra disciplina: ¿qué pasaría si el historiador, en lugar de construirse por sí mismo todo el reloj — primero sus propios útiles, después fabricar las piezas y, por último, unirlas y hacer- is funcionar— se contentara con este último papel? Si una vez razonablemente elegido el tema a estudiar, delimitado con cuidado, señalado lo que tiene más importancia que se llegue a establecer (pues hay que renunciar a la pueril idea de que todo es igualmente interesante para todos), si una vez realizado todo esto, el historiador organizara las investigaciones de un equipo del que formarían parte, pongamos por caso (pensando en ciertas posibles y deseables encuestas de historia de las técnicas) un técnico propiamente dicho; un químico al corriente de la historia de su ciencia; un economista de espíritu concreto — reservándose para el historiador, el difícilísimo papel que representa proyectar los cuestionarios previos; comparar las respuestas proporcionadas; derivar de ellas los elementos de solución; ordenar los indispensables suplementos de la encuesta y, principalmente, señalar las relaciones entre el problema planteado y el conjunto de los problemas históricos del momento en que se formula—; si una vez elegido este largo camino que, al fin y a la postre, será mucho más corto que los viejos y sinuosos caminos de antaño, consiguiera hacer de la historia una “ciencia de problemas a plantear” si no a resolver siempre con certeza y a la primera ocasión, creo que el pa-

el del historiador sería singularmente más claro que el de un vago fabricante de libros “personales”; creo que nadie se preguntaría ya si la historia es una ciencia o un arte; creo que se dejaría de calificar de historiador a cualquier sabio autor de sabios libros

sobre Luís XV y *las mujeres o El veneno de los Borgia* o que, en caso contrario, el historiador, dejando a esas excelentes personas, con los premios académicos fundados para ellos, el mismo nombre que desacreditan, se debautizaría sin vacilar para no ser víctima por más tiempo de una confusión descortés y, en definitiva, demasiado absurda.

Si se quiere acelerar la llegada de esos tiempos — y vale la pena — lo primero que hay que hacer es atender el consejo de los demás. Enriquecerse con las realizaciones ya hechas. Apoyarse sobre los que, en sus disciplinas, han organizado la “investigación colectiva”.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

LAS INVESTIGACIONES COLECTIVAS Y EL PORVENIR DE LA HISTORIA

Investigaciones colectivas. La fórmula o, si se quiere, el programa no tiene por qué sorprender o chocar al biólogo o al fisiólogo; ni tampoco al psicólogo; ni incluso, ya más cerca de nosotros, al geógrafo "humano", al antropólogo que corrientemente trabaja a partir de "encuestas". Es un hecho, en cambio, que tal fórmula aplicada a la historia sorprende y choca a la mayor parte de los que se dicen historiadores, hoy, en un país como Francia. Para explicar ese hecho hay que empezar por comprenderlo.

Puede invocarse la tradición. Cuando yo nací para la historia —en el preciso momento en que nacía también el siglo xx— no era, ciertamente, moda en la firme Clío el trabajo colectivo. Todavía ocurrían casos increíbles de viejos "archivistas" que escondían legajos "descubiertos" por ellos y los hacían desaparecer durante años para asegurarse su eventual uso. De vez en cuando estallaba un caso de "prioridad" absolutamente ridículo; o bien se asistía, un poco emocionado, a la carrera de velocidad de dos historiadores que trabajaban sobre el mismo tema y que, lanzados a todo vapor (metáfora de un tiempo en que se ignoraba el automóvil), trataban de adelantarse uno a otro triunfalmente. Individualismo pueril.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA
SOBRE UNA FORMA DE HACER HISTORIA
QUE NO ES LA NUESTRA

LA HISTORIA HISTORIANTE

He leído con cuidado y con interés, naturalmente, el librito que mi viejo amigo Louis Halphen ha compuesto en la soledad, aprovechando el ocio forzado al que le sometía el gobierno de Vichy, lejos de sus libros robados y de su documentación dispersada por los “ocupantes”, con su experiencia como única ayuda; la experiencia de un historiador que no ha dejado de trabajar desde 1900, ya sea por cuenta propia o incitando y dirigiendo el trabajo de otros (pienso, naturalmente, en la colección *Peuples et Civilisations* a la que está ligado, al mismo tiempo que el de Sagnac, su nombre).

Halphen titula este librito *Introduction á Vhistoire*.⁷ Pero más que una introducción lo que el autor emprende es una *defensa* de la historia. “Nunca se ha criticado tan vivamente — nos dice— la utilidad de los estudios históricos... Mi proyecto no es abogar por una causa que se defiende por sí misma...” ¡Ahí No está tan claro, ésa es la verdad; si así fuera, hace ya tiempo que los ataques hubieran cesado. Louis Halphen tiene sus dudas; tantas que inmediatamente empieza a defender, a justificar una toma de posición conocida hace tiempo y que no

7 París, Presses Universitaires, 1946.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

tiene misterio.

“De todas las fidelidades —escribe el Gide de los *Pretextes* (pág. 97)— la más imbécil es la fidelidad a uno mismo porque ya no es espontánea”. Nada más espontáneo y, por tanto, más legítimo que la fidelidad del historiador de Carlomagno a sus ideas. Volvemos a encontrarle bajo sus laureles tal como era al salir de la École des Chartes: paladín convencido de esa forma de hacer historia que Henri Berr ha bautizado de manera afortunada como la historia historizante. Louis Halphen ha dedicado a ella su vida. Y si hoy nos proporciona una *Introduction á l'histoire*, haceos a la idea de que no es en absoluto a la universal Clío a quien se ofrece este sacrificio —Clío, que bajo los pliegues de su peplo encierra todas las formas, todas las variedades, todas las diversidades de las escuelas históricas, de la misma manera que la Virgen de la Misericordia abrigaba bajo su manto a todos los verdaderos representantes de la cristiandad. Más modesto y más orgulloso, Halphen sólo piensa en una cierta forma de historia: la que él cultiva; y nos concede el honor de pensar que todos nosotros la aceptamos como la única válida. ¿Introducción a la historia? ¿Defensa de la historia? No. Abogar por la historia historizante, sobre la que Berr escribía en 1911: “Reside en ella una forma de historia que, además de bastarse a sí misma, pretende bastar al conocimiento histórico”. La frase me gusta. Por sí sola es la recensión crítica del libro de Halphen.⁸

8 *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, Paris, Alcan, 1921, 146 págs. La “Discusión con un historiador historizante”, que constituye el fondo del capítulo II, data ya de 1911.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

¿Qué es, en efecto, un historiador historizante? Henri Berr responde sustancialmente, utilizando los términos de una carta que el propio Halphen le escribió en 1911: un hombre que, trabajando sobre hechos particulares establecidos por él mismo, se propone ligar estos hechos entre sí, coordinarlos, y después (cito al Halphen de 1911) “analizar los cambios políticos, sociales y morales que los textos nos revelan en un momento determinado”. Apuntad bien: los cambios particulares, ya que la historia, en opinión de nuestro autor se define como una ciencia de lo particular.⁹

Así pues, abramos la *Introduction a Vhistoire* de 1946. Tres capítulos fundamentales a lo largo del libro: I, el establecimiento de los hechos; II, la coordinación de los hechos; III, la exposición de los hechos. La doctrina, la vieja doctrina de las dos operaciones que constituyen la historia, no ha cambiado: primero, establecer los hechos; después, operar con ellos. Así — se nos dice— procedían Heródoto y Tucídides. Así también, Fustel y Mommsen. Así, todos nosotros hoy. Perfectamente. Establecer los hechos y operar con ellos: una de esas fórmulas claras que dejan ansiosos y estupefactos a todos los espíritus curiosos...

Porque, en fin, los hechos... ¿A qué se llama los hechos? ¿Qué hay detrás de la palabrita “hecho”? ¿Pensáis que los hechos están dados en la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente, y que se trata de desenterrar, limpiar y presentarlos bellamente iluminados a los contemporáneos? O se trata de una repetición por su cuenta de la frase de Berthelot ensalzando la química

9 Un particular que, captado en el interior de un mismo círculo de civilización, en una época determinada, se parecería furiosamente a un general. Si se concede audiencia a esta gran dama, cara a Pirenne, cara a Marc Bloch, cara a todos nosotros, que se llama *historia comparada*.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

inmediatamente después de sus primeros triunfos — la química, *su* química, la única entre todas las ciencias, decía orgullosamente, que *fabrica su objeto*. En este punto Berthelot se equivocaba. Porque todas las ciencias fabrican su objeto.

Vale para nuestros predecesores, los contemporáneos de los Aulard, los Seignobos, los Langlois, vale para esos hombres a quienes “la ciencia” imponía tanto respeto (y que lo ignoraban todo sobre la práctica de las ciencias y sus métodos); para ellos es correcto creer que un histólogo es un hombre al que basta poner debajo de su microscopio un trozo de cerebro de ratón: inmediatamente se ocupa de hechos diferenciados, de hechos indiscutibles, de hechos “ya a punto”, por decirlo así; lo único que tiene que hacer es alinearlos en sus cajones. Don, no de Michelin, sino de la propia naturaleza... Hubiera sorprendido mucho a nuestros antepasados historiadores diciéndoles que un histólogo, en realidad, fabrica primero el objeto propio de sus investigaciones y de sus hipótesis, con gran despliegue de delicadas técnicas y sutiles colorantes. En cierto sentido, lo “revela” en la acendón fotográfica de la palabra. Después de lo cual, lo interpreta. “Leer sus resultados”, operación que no es simple. Porque describir lo que se ve ¡todavía pase!, pero ver lo que debe describirse ¡eso sí que es difícil! Bien se hubiera sorprendido, sí, a nuestros mayores, denominando a los hechos, como un filósofo contemporáneo, “clavos en los cuales se cuelgan las teorías”. Clavos que hay que forjar antes de clavarlos en la pared. Y tratándose de historia, es el historiador quien os forja. No, como dice Halphen, “el pasado”. O, mediante una extraña tautología, “la historia”.

¿Estáis de acuerdo? Deddo. ¿No estáis de acuerdo? Discutid. Pero, por favor, no dejéis este problema en el silencio. Este pequeño problema. Este problema capital.

Ya tenemos aquí un primer silencio que nos separa. Y

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

¡cuántas consecuencias!

Habéis oído bastantes veces repetir a nuestros mayores: “El historiador no tiene derecho a elegir los hechos. ¿Con qué derecho? ¿En nombre de qué principios? Elegir, atentando contra la “realidad” y por tanto contra la “verdad”. Siempre la misma idea; los hechos: cubitos de mosaico muy distintos, muy homogéneos, muy pulidos. Un temblor de tierra dislocó el mosaico; los cubos se hundieron en el suelo; retirémoslos y, ante todo, veamos de no olvidar ni uno solo; alcémoslos todos. No escojamos... Eso decían nuestros maestros, como si por el solo hecho del azar que destruyó tal vestigio y protegió tal otro (no hablamos, en este momento, del hecho que constituye el hombre) toda la historia no fuera una elección. ¿Y si no hubiera en ella más que esos azares? En realidad, la historia es elección. Arbitraria, no. Preconcebida, sí. Y esto, todavía, querido amigo, nos separa.

Hipótesis, programas de investigación, incluso teorías son otras tantas cosas que uno busca en su *Introduction*; pero no se encuentran en parte alguna.

Ahora bien, sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible. La teoría, construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender, es la experiencia misma de la ciencia. Toda teoría está fundada, naturalmente, en el postulado de que la naturaleza es explicable. Y el hombre, objeto de la historia, forma parte de la naturaleza. El hombre es para la historia lo que la roca para el mineralogista, el animal para el biólogo, las estrellas para el astrofísico: algo que hay que explicar. Que hay que entender. Y por tanto, que hay que *pensar*. Un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él, previamente, en

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

todos los sentidos de la palabra "escoger" (y los hechos no pueden no ser escogidos por él) es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador.¹⁰

Termino con mi gran crítica. Introducción a la historia, método de la historia, teoría de la historia, defensa de Ja historia... Pero ¿qué es, entonces, la historia?

Voy a decíroslo... Recoged los hechos. Para ello id a los archivos, esos graneros de hechos. Allí no hay más que agacharse para recolectar. Llenad bien los cestos. Desempolvadlos bien. Ponedlos encima de vuestra mesa. Haced lo que hacen los niños cuando se entretienen con "cubos" y trabajan para reconstituir la bella figura que, a propósito, nosotros les hemos desordenado... Se acabó el trabajo. La historia está hecha. ¿Qué más queréis? — Nada. Sólo: *saber por qué*. ¿por qué hacer historia? ¿Y qué es, entonces, la historia?

¿No me lo decís? Entonces, me voy. Me recuerda a esos pobres hombres a quienes la Universidad, por una deplorable aberración, confiaba la tarea —difícil entre las difíciles— de iniciar en las matemáticas a los pequeños "alumnos de letras" que éramos nosotros, en los bancos del sexto, del quinto y del cuarto clásico. ¡Qué bien consiguieron impedirme hacer matemáticas! Y es que las reducían a pequeños procedimientos,

10 En el libro de Louis Halphen hay un índice onomástico de autores. En cierta forma es un testimonio. ¿No es notable que no figuren en él ni Camille Jullian, ni Henri Pirenne, ni Marc Bloch, ni Georges Lefebvre ni ninguno de los que, en definitiva, son para nosotros los historiadores, los verdaderos historiadores de esta época? No hablo de Vidal: la geografía no tiene derecho de ciudadanía en la historia historizante.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

pequeños artificios, mezquinas recetas para resolver los problemas. “Trucos”, como decíamos en nuestro argot escolar, hoy pasado de moda...

Pero, está claro, los “trucos” no me interesaban en absoluto. Me daban “buenas razones” para hacer algo sobre lo que nadie me decía nunca por qué ese algo valía la pena hacerse. Cómo y por qué se había inventado. Y, finalmente, para qué servía... — ¿para entrar un día en la Escuela Politécnica? Pero la Politécnica no es un fin en sí. Y desde aquel tiempo (tanto peor para mí) tengo ciertas exigencias fundamentales de espíritu... Además, era bien sencillo. Yo daba la espalda a las matemáticas. Y aquellos de mis compañeros que no pedían tanto triunfaban...

La historia historizante exige poco. Muy poco. Demasiado poco para mí y para otros muchos. Ésta es nuestra queja; pero es sólida. La queja de aquellos para quienes las ideas son una necesidad. Las ideas, esas valientes mujercitas de las que habla Nietzsche, que no se dejan poseer por hombres con sangre de rana.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

DOS FILOSOFÍAS OPORTUNISTAS DE LA HISTORIA DE SPENGLER A TOYNBEE

Tres gruesos libros sobre mi mesa. En la primera página un nombre muy conocido en Inglaterra (e incluso fuera de Inglaterra) tanto por méritos pragmáticos como por obras científicas: Arnold J. Toynbee. Título: *A Study of History*.¹¹ No pretendemos descubrir una obra de la que se asegura deberá alinearse,

Por su estilo y sus dimensiones, junto a la célebre obra de Sir James Frazer. Así como el autor de *Rameau tfor* ha instaurado el estudio comparativo de las instituciones religiosas “primitivas”, Toynbee pretende llevar a cabo en veinte volúmenes un estudio comparativo de las civilizaciones que la humanidad ha ido creando sucesivamente: el estudio, si se quiere, de las experiencias humanas en materia de civilización.

Amplio y generoso proyecto. Aunque desde el primer momento nos inspira un horror que no intentamos disimular en absoluto; aunque, una vez bien sopesadas todas las cosas, debe inspirarnos finalmente un metódico y razonado alejamiento, no opondremos, sin embargo, a su autor ninguna cuestión previa. No entraremos en estos gruesos libros con un deseo áspero de

¹¹ Oxford University Press; Londres, Humphrey Milford; 1.ª ed., j'unió 1934.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

orquestrar la fácil revancha del “especialista” sobre el ensayista seductor. El libro es complejo. Positivo y negativo a la vez, se liga mediante un evidente lazo a toda una serie de recientes manifestaciones (diversas en su forma, semejantes en su espíritu).

Desde hace algunos años los historiadores tienen el privilegio de verse en el banquillo colocado por un variado lote de hombres notables —poetas, novelistas, periodistas, ensayistas— que, distrayendo en favor de Clío algunos ratos de una vida dedicada a otros cultos, comprenden instantáneamente (o al menos, así lo aseguran) lo que los historiadores no han sido capaces de captar y expresar en años de estudios exclusivos. Tras lo cual, estos brillantes y dinámicos espíritus nos comunican en unos pocos trazos apasionados sus descubrimientos o sus sistemas, con una caridad velada por la ironía francesa en unos y por furor germánico o humor inglés en otros. ¿Qué hacer? ¿Darles las gracias sin falsa vergüenza, examinar con toda sinceridad sus críticas, entregarnos o resistir? Hay que decirles sí, si vemos en ellos camaradas de combate y que pueden interesarnos ya sea con argumentos racionales o mediante llamadas al sentimiento (porque historiadores, al fin y al cabo, vivimos en la misma atmósfera de crisis que los demás hombres contemporáneos nuestros y para perseverar nos hace falta confianza en nosotros y en nuestras obras). No, si tras un biombo de historia, descubrimos en esos hombres la seducción de los errores y las ilusiones. No, decididamente no, si comprobamos en sus escritos la acción de un veneno para el espíritu. De ahí que estemos obligados a hacer un amplio examen.

Un recordatorio, sin embargo, antes de abordar a Toynbee y su obra. A manera de introducción, pero no de entremés.

Oswald Spengler. Grandeza y decadencia de un profeta

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

En 1922, aparecía un libro, en Alemania. Nombre del desconocido autor: Spengler. Título al efecto: *Der Untergang des Abendland.es?* Todavía veo elevarse en los escaparates de las librerías renanas las pilas impresionantes de esos *in-octavo*; desaparecían como la nieve bajo el sol. En algunas semanas el nombre de Oswald Spengler era célebre en el mundo germánico y su libro alcanzaba el mayor éxito que ha conocido en Alemania un libro de filosofía histórica desde Gibbon. Ni siquiera éxito es la palabra apropiada; habría que hablar de revelación.

En el extranjero, la acogida fue menos calurosa. Reservada curiosidad en Inglaterra; entre nosotros, desconfianza irónica; tres años hubo que esperar para la aparición del librito de Fauconnet que catalogaba los temas spenglerianos, y dos años para una traducción de efecto retardado. Sin embargo, una copiosa literatura (*Der Streit um Spengler; O. Spengler und das Christentum*, etc.) repetía en todos los aspectos posibles, con una paciente monotonía, las ideas del profeta, de aquel que no dudaba en proclamarse a sí mismo “el Copémico de la historia”. No le juzguemos; juzgar no es tarea de un historiador. Intentemos comprenderle, lo que en sustancia quiere decir poner su obra y su éxito en relación con las necesidades de una Alemania en la que se gestaba aquello de lo que saldría el nacional-socialismo hitleriano.

El hombre —murió en 1936 completamente abandonado—, el hombre había nacido en 1880, en la Pru-¹² sia oriental. Protestante, de familia modesta, se doctoró en 1904 en “ciencias naturales” con una disertación sobre Heráclito. Ahora bien, toda la *Decadencia de Occidente* testimonia un rencor violento contra el respeto con que demasiados alemanes

12 C. H. Beck, Munich, 2.^a ed. 1934, t. I. *Gestalt und Wirklichkeit*, t. II, *Welthistorische Perspektiven*; en 8.º, 549 y 666 páginas.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

cuidan las ciencias de la naturaleza y contra el liberalismo de sus adeptos, principalmente su concepción del progreso; progreso, liberalismo, eran los dioses que al joven Spengler habían impuesto su medio familiar, sus maestros y sus compañeros de estudio. Contra ello, reacción brutal (y también contra el atomismo histórico, el trabajo monográfico, la separación de la historia en ramas que se ignoran recíprocamente: historia diplomática, económica, literaria, historia de las artes, de las ciencias, de las filosofías etc.). En el lugar de todos esos compartimientos, un amplio y preclaro palacio. Una historia totalitaria. Pueblos y lenguas, dioses y naciones, guerras, ciencias y filosofía, concepciones de la vida y formas de la economía: otros tantos símbolos a interpretar. Las relaciones y las correspondencias entre la geometría euclidiana y la ciudad griega, entre el cálculo integral y Luis XIV, entre el teléfono y el mecanismo del crédito, no son superficiales y fortuitas. Son íntimas y esenciales.

Todos los hechos humanos de una misma época se integran en “culturas”. Y esas culturas son seres vivientes. Plantas, digamos, que nacen, crecen, se marchitan y mueren. Su destino comienza cuando el impulso, la proliferación de todo lo que engloban en su unidad se hace anárquico y sin regla. Por lo demás, aunque todas cumplieran con el mismo orden las mismas etapas, cada una difiere profundamente de sus vecinas por el alma propia que la anima; nuestra cultura occidental tiene el alma de Fausto, eterna tensión, deseo de imposible, dinamismo del corazón y del espíritu. El alma de la cultura antigua era “apolínea”: estatismo y nada de dinamismo; calma, lentitud, serenidad;

nada de cronómetro ni de historia científica, sino la columna dórica y la geometría de Euclides. Y paralelamente se podría dar su símbolo a la cultura egipcia: el camino cortado, estrecho y

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

misterioso que conduce al visitante hasta la tumba secreta del Faraón. Pero, por distintas que sean, todas estas culturas conocían sucesivamente un período ascendente (*Kultur*); un período descendente (*Civilization*) — y finalmente, la muerte.

¿Hay que inclinarse ante estas fantasías vivamente coloreadas como se inclina el aficionado con su lupa ante una prueba precoz de la *Foire de Vimpruneta*? ¿De qué nos sirven esas culturas unificadas y totalitarias de las que participarían indistintamente y de forma semejante toaos los hombres que viven en la misma época, cualquiera que fuera su condición social — trátase de Bergson o de Babitt, del dependiente del “Printemps” detrás del mostrador, del científico en su laboratorio o del granjero en su pueblo? Pero ¿y esas hermosas palabras, esas metáforas (nacimiento, crecimiento, muerte de las culturas)? Palabras nuevas sobre cosas viejas. Y que llevan al lector francés a los buenos tiempos (1887) de Arsène Darmesteter y su librito *La vie des mots*,¹³ tan pronto puesto al día por Michel Bréal. Este siglo, no había nacido.

¿Cómo, pues, explicarse el prodigioso éxito de Spengler y no solamente entre el gran público, sin defensa contra sus impresiones, sino entre todos los hombres cultos de Alemania y Austria, principalmente entre los jóvenes?

Es que Spengler aparecía ante todos como un liberador. Cuando leemos sus apostrofes y sus conminaciones — “¡Basta de monografías, basta de síntesis!” — nos dan ganas de sonreír. Es cierto que también nosotros tenemos nuestros miopes,

13 París, Delagrave, 1887, en 12.º, XII-212 págs. Introducción, pág. 3: “Las lenguas son organismos vivos, cuya vida, por ser de orden puramente intelectual, no es por ello menos real — y puede compararse a la de los organismos del reino vegetal o animal” —. Cf. igualmente en pág. 175, al final: “En la vida orgánica de los animales y vegetales, como en la vida lingüística, descubrimos la acción de las mismas leyes”, etc.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

nuestros topos excavadores,¹⁴ pero tampoco nos faltan en absoluto las síntesis sustanciales y vivas. En cambio, en Alemania la historia seguía estando sometida todavía después de terminada la guerra, a un régimen de especialización a ultranza. Escritas en jerga por técnicos para los técnicos, las monografías no salían de los círculos universitarios; la historia cuyos fundamentos edificaban pacientemente era cosa de doctores obstinados en contradecirse: Vadius haciendo trizas a Trissotin. Un mundo cerrado: el coto de los técnicos y de sus bárbaras disertaciones inaugurales. El hombre culto normal no tenía posibilidad de entrar en él. *Fach*, y sacrilegio, el laico que ponía la mano sobre un *Fach*.

Ahora bien, Spengler predicaba ese sacrilegio —y el reparto de las riquezas saqueadas—. Y lo predicaba no en la jerga del especialista, sino en una lengua clara, viva, llena de cadencia y de ímpetu. A la inquietud intelectual de los burgueses de posguerra Spengler echaba el pasto de una historia que él había robado a los historiadores patentados (una historia traducida en fórmulas cada una de las cuales cubría siglos de pasado humano. Entre hechos hasta entonces estrictamente ubicados en compartimientos estancos); formaba relaciones que atraían por lo imprevisto y divertían por su vanidad: la geometría de Euclides tendiendo la mano a la columna dórica, ¡sabroso espectáculo! Todo un público alemán debió a Spengler el ingenuo y puro gozo de descubrir la historia —o, por lo menos, una historia a su alcance, con perspectivas proyectadas para él. Y este público recogió la ofrenda con reconocimiento.

Tanto más cuanto que el autor, convirtiéndose en profeta, anunciaba la decadencia de todo aquello que realmente ataba a

14 Cf. las reflexiones de Georges ESPINAS en los *Annales ¿THis- toire Économique et Sociale*, t. VI, 1935, pág. 365: “De l'horreur du général: une déviation de la méthode érudite”.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

sus lectores: nueva fuente de júbilo y liberación. Porque, al fin, participar en el surgimiento de una liberación que asciende está bien. Vivir los días de una decadencia, mejor. Y situado ante la muerte, aceptarla virilmente— “¡Sea, si así ha de ser!” — es una hermosa actitud romántica; uno se encuentra a gusto adoptándola. Es cierto que los historiadores profesionales alzaban los hombros o se escandalizaban — excepto para recoger algunas migajas del pastel debajo de la mesa, a escondidas —. Es cierto que los marxistas se indignaban, denunciando una doctrina indiferente a todos los aspectos sociales de la historia y de la vida. Pero el lector medio se sentía tocado en su amor propio individual y en su amor propio actual. Pequeño burgués prusiano o sajón, el lector medio, sin duda, no tenía el alma fáustica, pero deseaba tenerla o figurarse que la tenía. Fausto, símbolo de toda la civilización de Occidente: la encarnación era placentera y dulce para su corazón. Después de eso ¿qué importaba que tal teoría de Spengler le pareciera confusa o difícil? Sentir confusamente es aún más fácil y menos fatigoso que comprender con toda lucidez.

Señalémoslo finalmente (y ciertas ingenuidades de la crítica francesa no hacen inútil la observación): la filosofía de la historia no era más que uno de los aspectos del pensamiento spengleriano, y el menos importante a su gusto. La historia, un busto de Jano: una cara hacia el pasado, y otra hacia el porvenir. Y ¿qué porvenir? La decadencia de Europa, prefigurada ya, siguiendo las reglas de la analogía, por la decadencia del Imperio romano. La constitución de imperios gigantescos. La guerra entre estos imperios y, primero y principal, entre el Imperio británico, capitalista esencialmente, y el Imperio germánico caracterizado, en esencia, por el estatismo. ¿El futuro? Un puñado de grandes nombres, por una parte; la masa, por otra. De ahí las predicaciones a los jóvenes: “No perdáis el

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

tiempo con la poesía, la filosofía, la pintura. El pasado ha muerto. Dad forma en vosotros mismos a la materia prima de la que surgirán los hombres grandes”. Temas esbozados en *La Decadencia*, pero recogidos y orientados en *Neubau des deutschen Reiches* o en *Politische Pflichten der deutschen Jugend*, programas políticos de un hombre que, según se dice, se contó entre los primeros en adherirse al nacional-socialismo.

En ese momento, Spengler y sus lectores, los futuros nazis de estricta obediencia, tenían enemigos comunes: la democracia, el liberalismo burgués y el marxismo. Por los años 20, Spengler comerciaba con los artículos entonces más codiciados: o sea, un cierto aire patético, un anti-intelectualismo a ultranza, la noción heroica del destino, el anti-esteticismo, el escalofrío de la criatura humana ante lo mayestático, la amplia majestad de la historia. Y además (véase su trabajo de 1920 *Der Mensch: Die Technik*) la profecía de la ruina tan cara para el pequeño burgués nazi, tan de acuerdo con sus sueños de autarquía: “Los excesos del maquinismo perderán a Europa; las razas de color aprenderán de a raza blanca a forjar en sus propios talleres las armas que utilizarán contra ésta...” Estos son los méritos por los que Spengler tuvo éxito: no los méritos de un historiador analista y deductivo, sino los de un profeta, los de un mago, los de un visionario perfectamente adaptado a las necesidades de la atormentada Alemania entre 1922 y 1929. Y contraprueba demostrativa: si en los últimos años perdió la estima general de los ambientes nazis no ha sido en absoluto porque se haya reconocido la falsedad de sus teorías históricas. Ha sido porque la actitud sentimental que había asegurado su triunfo y sus tenaces profecías dejaron de coincidir

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

con la ideología del partido triunfante desde el momento en que éste se hizo dueño del poder.

“Vamos a cambiar el mundo. O por lo menos Alemania”: es el eslogan que seguía a la victoria. *Umbruch; Neubeginnen; Der neue Mensch*: expresiones cargadas de optimismo activo y que, de la noche a la mañana, corrieron de boca en boca y bajo todas las plumas. ¿Cómo hacer coincidir esta necesidad de confianza y de fe en el porvenir, esa necesidad fanática de esperanzas apropiadas para hacer surgir las energías y el valor necesarios para la tarea cotidiana con los sermones pesimistas del hombre que durante años había repetido, incansablemente, la fatalidad del destino, el aplastamiento del presente por el pasado, la vanidad de querer sacudir el yugo de la historia dando un ilusorio impulso a una civilización agonizante?

Spengler no lo advirtió, y en su último libro — *Jahre der Entscheidung*—⁵ acabó por enemistarse con los nacionalsocialistas. El libro abundaba en cosas ya dichas: el fin del mundo se deberá a las razas de color; la ideología no tiene nada que hacer en el campo de la política exterior y de la economía internacional, etc. Caracterizaba duramente a los iluminados del nacionalsocialismo: “esos jovencitos eternamente excitados” (*schwärmende ewige Jünglinge*), esos niños inmaduros, sin experiencia y sin voluntad incluso para hacer las

5. Munich, C. H. Beck, 1933, en 8.º, 165 págs. Críticas nazis: vease principalmente A. ZWEININGER, *Spengler und 3 Reich*, 1933, y G. GRAUDEL, *Jahre der Ueberwindung*, 1934.

experiencias —en una palabra: esos adeptos no ya del romanticismo social de los comunistas, sino de un romanticismo político-económico que consideraba hechos positivos y demostrativos el número de votos en las elecciones, la

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

borrachera triunfal de los grandes discursos y las teorías moneíarias de ciertos incompetentes —. Hombres no, cabezas de borregos en rebaño. Y que sintiéndose innumerables se ciegan voluntariamente en su importancia (pág. 8), hablando de su victoria sobre el individualismo.

Falta de contacto caracterizado con la nueva Alemania. Lo que hace dudar de las cualidades de profeta y de historiador de Spengler. Y encima, el ridículo: el hombre que rompía con el pueblo de los que le habían aclamado, continuaba ofreciéndose a los nazis como su verdadero consejero. En sus propias palabras, graves: “Quien actúa, no ve lejos. Empujado por los acontecimientos, marcha sin ver el objetivo. Si se diera cuenta, quizás se pondría en contra del movimiento, porque la lógica del destino nunca ha hecho caso del deseo de los humanos; pero, con mucha frecuencia, se deja descamar por el espejismo equívoco de las cosas que le rodean...” ¿Qué hacer sino confiar en la historia — y creer en Spengler, depositario soberano de la llave mágica que abre a la vez la historia del pasado y la del porvenir?

¡Peón, peón! respondían los nazis: *¡Oberlehrer, Oberlehrer!* Y soñando todavía con la tesis spengleriana del hombre bestia feroz y del mundo desplomándose de guerra en guerra y de revolución en revolución en el abismo final: “¡Sádico de oficina! ¡Fabricante de melodramas!” Porque en Alemania, en 1936, era obligatorio creer que el hombre medio era bueno y que la paz del mundo sería la obra última del nacional-socialismo triunfante.

Y en todo eso ¿dónde está la historia? Cuán pronto se ha resquebrajado la débil capa de barniz de historiador que recubría la mixtura política de un hombre

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

hábil, seductor, de palabra fácil, en la azarosa Alemania de 1922 a 1929...

El ascenso de un nuevo profeta: Amold J. Toynbee

Miren por dónde, una decena de años después de la aparición ae la obra de Spengler, y en lengua inglesa esta vez, dirigiéndose a un público inglés, empieza a realizarse una obra —una obra que, también, se presenta como una revelación —: la de una filosofía de la historia inédita e innovadora.

En realidad, lo mismo que las de Oswald Spengler, las ideas de Amold Toynbee no son las ideas desinteresadas de un hombre de ciencia. Por diferentes que sean las dos obras, por independiente que se muestre el publicista inglés con respecto al doctrinario alemán, lo cierto es que en uno y otro hay la misma mezcla (sino la dosificación) de elementos críticos (ataques contra los historiadores y su ineficacia), elementos constructivos (filosofía de la historia que se presenta como original) y presupuestos políticos, en fin, conscientes y determinantes a la vez. *A Study of History* ha provocado, en ambientes que no se habían abierto a Spengler, vivas curiosidades, entusiasmos ciertos (incluso, podría decirse, pasiones). En unos pocos meses, todo un vocabulario que puede sacarse fácilmente de su libro ha sido adoptado por sectores enteros de historiadores, etnógrafos y sociólogos británicos. Ha atravesado el Canal con los propios libros de Toynbee. Aquí y allá se ha aclamado la novedad, la revelación, la obra maestra. Intentemos ver las lecciones y enseñanzas que un historiador puede recoger en el fondo de estos libros, materialmente bien presentados, fáciles de leer y consultar, que representan el “primer tramo” de la obra. Y dejando lo accesorio iremos recto a lo que constituye la aportación

13. — mvtc

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

de Toynbee: su teoría de las sociedades y las civilizaciones.

Sociedades, civilizaciones: objetos verdaderos de la historia, nos dice. Ellas y no las naciones tomadas una a una. Así pues, se cuentan cinco (que en nuestros días viven simultáneamente): la nuestra, en Occidente; la ortodoxa, en los Balcanes, Próximo Oriente y Rusia; más lejos, la islámica; a más distancia aún, la india; y, finalmente, la del Extremo Oriente. A las que hay que añadir algunos restos de sociedades agonizantes: la cristiandad monofisita; la nestoriana; la sociedad judía y la de los parsis: las dos sociedades budistas de los mahaganios y los hinaganios; en la India, la de los jains. Como se ve, predominio de etiquetas religiosas; sin embargo, nuestra civilización “se salva” de las etiquetas: “cristiana” no significaría gran cosa; católica no se aplicaría ni al país de Enrique VIII, Isabel y Cromwell, ni a los de Lutero, Calvino y Zuinglio (ni tampoco a otros; nombremos al azar: Voltaire, Diderot, Karl Marx, Lenin). Pasemos adelante y veamos lo que la historia puede sacar del estudio de las sociedades que sustituye al de las naciones: una doble ampliación en el espacio y en el tiempo.

Es preciso, nos dice Toynbee, instalarse en primer lugar en el corazón de la sociedad cuya historia se hace, allí donde se la capta mejor en su plenitud original. Y a continuación, partiendo de ahí, remontar de tramo en tramo hasta el punto en que uno se encuentra, sin posible duda, con otra sociedad muy claramente perceptible y captable. Por ejemplo, nuestra sociedad occidental: remontemos el curso de los tiempos y llegaremos paso a paso a una especie de *nomaris land* histórico, en el que desaparecerá todo lo que sirve para caracterizarla, al menos rudimentariamente. Sí superamos los aledaños del año 775, tendremos la sensación de penetrar en algo que cada vez más se irá caracterizando como sociedad distinta y original, algo que,

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

en principio, no es ya la sociedad occidental, sino, por decirlo así, el fleco de una sociedad romana. La idea no es nueva y yo no sabría criticarla: desde hace tiempo he propuesto a los historiadores utilizarla para resolver el problema de las cesuras cronológicas de la historia.¹⁵

Ahora bien, tales reflexiones conducen a Toynbee a plantear lo que él llama el problema de aplicación: el de las relaciones, si se quiere, que pueden unir recíprocamente dos sociedades que se suceden. ¿Sucesión directa, inmediata, en el tiempo? No necesariamente. Véase el califato de Bagdad. No nació lentamente, como el Imperio romano. Lo hizo de golpe, con la victoria conseguida sobre el califato de Damasco (I, 73). Así pues, esta victoria restablecería entre Siria y Egipto, antiguas provincias romanas, y Arabia, provincia sasánida, el lazo recién anudado por el Imperio de los aqueménidas (el que destruyó Alejandro Magno). La victoria de los abasíes operaba, por tanto, después de un milenio, la resurrección de una gran formación histórica destruida por la brutalidad de un choque absolutamente externo. Y ya está descubierta la filiación; ya tenemos aquí a Toynbee pasando a golpe de metáforas — parálisis, caída en el sueño, despertar, curación (I, 17) — sobre estos diez siglos, plenos de historia viva sin embargo, y reuniendo por encima de las formaciones intermedias el estado de los abasíes con el de los aqueménidas...

No le seguimos en esos peligrosos saltos atrás, dignos de un Colleano. ¿Qué quiere demostrar? ¿Que si se aplica su reflexión al estudio de una formación política y social compleja (a la que, sin embargo, se puede atribuir una fecha de nacimiento válida) podemos darnos cuenta, con mucha frecuencia, de que desde

15 "Observations sur le problème des divisions en histoire", *Bull. du Centre internat. de Synthèse*, n.º 2, 1926, p. 22-26 (R.S.H., t. XLII, Apéndice).

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

épocas a veces separadas por muy amplios intervalos, esta formación ha sido prefigurada por otras, en las que sin demasiado esfuerzo pueden encontrarse de nuevo algunas de sus características formales? ¿Pero si nosotros historiadores, estamos todos acostumbrados a buscar tales prefiguraciones! Sólo que, o no son más que un juego, o bien conducen a opiniones de conjunto sobre la génesis de las formaciones humanas. O, para utilizar (forzadamente, por lo demás) el vocabulario tan poco analítico y tan aproximativo de Toynbee, sobre la génesis de las "civilizaciones".

¿Qué, pues, nos aporta Toynbee de original sobre este importante problema?

Toynbee descarta deliberadamente la raza. No es ella la que crea las civilizaciones. No hay raza pura; la noción científica y el concepto popular de raza no se corresponden. Tampoco hay raza privilegiada: de las veintiuna civilizaciones que enumera, unas son obra de los blancos, otras de los negros, amarillos o cobrizos (I, 223). ¿El medio geográfico? ¿El clima? La misma actitud (I, 249). Se ven nacer civilizaciones muy diferentes en países físicamente comparables (por ejemplo, Canadá y Rusia). Y civilizaciones fluviales, la del Nilo o la del Yang-tse, son tan poco parecidas unas a otras como las civilizaciones "archipelágicas": la minoica, la japonesa y la helénica (I, 269).

Lo cierto es que las ciencias de la naturaleza no podrían proporcionarnos la clave del enigma. En este punto Toynbee se une a Spengler. Se trata de un problema humano —y la ley que rige todo este amplio campo es una ley de vida, la ley del *Challenge and Response*—; traduzcamos, si se quiere:

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

Intimación y Adaptación. Ley eterna: todos los libros fundamentales de la humanidad la conocen y la enseñan. El libro del Génesis y el libro de Job, el *Fausto* de Goethe tanto como el *Voluspá* de los escandinavos o el *Hipólito* de Eurípides; y desde Hesíodo a Volney, desde san Mateo y Orígenes a Goethe, desde san Pablo y Virgilio hasta Turgot, todo es una revista de dioses, semidioses y héroes (I, 271 a 302), alineados en torno a la cuna de la gran idea. Toynbee pasa revista con seriedad — no sin que a veces, en el curso de esta larga ceremonia, nazca una amable sonrisa en los labios del lector francés, “nacido malicioso”. Sin embargo, todo el tomo II de *A Study* nos proporciona la exposición de una especie de “fisiología”, bastante embrollada, de la “intimación”. O de las intimaciones, porque el autor las clasifica en cinco categorías.

En primer lugar, las brutales. La intimación debe tener vigor. Por tanto, no busquemos su patria de elección en comarcas favorables. Frecuentemente, la génesis de una civilización representa un duro ejercicio humano —y tan excepcional que los efectos no han podido prolongarse: es la lección que nos dan las minas de los mayas, testimonio de una lucha trágica del hombre contra la selva virgen — o los monumentos ocultos bajo las lianas de Ceilán o de Camboya — o, en otro medio, las ruinas de Palmira, nacidas de una llamada directa del desierto.

Contra-prueba: la intimación es demasiado suave, las condiciones de vida demasiado favorables: tenemos el caso de Capua, *pérfida Capua*, la traidora que perdió a los soldados de Aníbal.¹⁶ Pero ¿la ley no se cumple en todas partes? ¿Dónde

16 ¿Se desean otros ejemplos? La Circe de Ulises interviene en el momento oportuno, seguida de Calipso, escoltada por las delicias de Canaán. Toynbee ha tomado el partido de mezclar a posta las referencias históricas y las referencias poéticas.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

nació la civilización china? ¿En las riberas del agraciado Yangtse o en las del demoníaco Hoang-Ho? y ¿dónde la civilización andina? ¿En el templado Chile? No, en Perú, en un lugar donde se plantean agudos problemas de irrigación y cultivo (II, 34). El Ática, Grecia de las Grecias, ¿no es tan seca como húmeda y verde la pesada Beoda?¹⁷ En todas partes, siempre ocurre lo mismo. La moderna Alemania no ha nacido en el hermoso jardín renano; se ha forjado en el duro yunque de Brandenburgo. Los Habsburgo no han salido de la más noble, sino de la más débil región de su herencia. Intimaciones de la rudeza: en relación con ellas, la llamada de la novedad — la potente llamada de la tierra nueva: la civilización de Babilonia ha nacido en Asiria, donde había que roturar la tierra — y la civilización de la India, en el sur de la Península, en una región de tierras incultivadas.

Por lo demás, las intimaciones sólo proceden de la naturaleza. Es de humanos, por orden y origen. De aquí las reacciones que provocan las pruebas súbitas, un desastre, catástrofes: Roma reaccionando después de Alia, el Imperio otomano más fuerte cincuenta años después que antes del

17 Sin tener en cuenta modificaciones, muy sensibles, que sufrió el Ática desde la Antigüedad. A dos pasos estaba Calcis, territorio fecundo, pero minúsculo. Era necesario emigrar: de ahí la expansión de Calcis hasta Tracia y Sicilia (II, 42). Pasemos a Siria. En ella se inventó el alfabeto, se descubrió el Atlántico, se elaboró una noción de dios, común al judaísmo, a la religión de Zoroastro, al cristianismo y al islam, pero extraña a las religiones sumeria, egipcia, médica y helénica (II, 50). Ahora bien ¿qué pueblos han propagado semejantes descubrimientos? ¿Los gruesos filisteos o los delgados fenicios, habitantes de una tierra pobre, estimulados a la vez por el mar y por el desierto y que se fueron a descubrir todo un mundo desconocido' el Atlántico, al mismo tiempo que una pequeña comunidad de nómadas que vivía, también, en las peores condiciones sobre los cascajos de Efraín y Judá, descubría el monoteísmo?

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

desastre de Angora y del triunfo de Tamerlán (II, 702). Ley que se cumple a lo largo de toda la historia, desde Zama a Verdún... pasando por el Pentecostés que sufrió el florecimiento de los apóstoles, atestiguado por los Actos, provocado por la segunda desaparición del Maestro...

Stimulis of blows. Al lado, las respuestas ante presiones continuas: *stimulus of pressures.* ¿Historia política de Egipto? La de una tensión entre dos polos extremos situados, respectivamente, al Norte y al Sur (con Tebas, el corazón, en el centro). ¿Vitalidad, robustecimiento, fecundidad política de los países fronterizos? Véase el caso de la India: la mayor parte del ejército de los hindúes se extrae todavía hoy del Punjab, de un país que ha tenido que reaccionar sin cesar ante las presiones externas. Y mientras el centro cultural era Delhi, ex-Íraesto a los vaivenes, fue vivo y actuante; una vez trans- erido a Bengala por los ingleses, se marchita.¹⁸ Pero ¿de dónde surge el reino de los merovingios? En Austra- sia, bajo la amenaza de los sajones y los avaros. Y conquistada Sajonia, como estaba en las avanzadas, fue ella la que se convirtió bajo Otón en la provincia vital entre todas las demás.¹⁹

Finalmente, último *stimulus*: la respuesta ante las persecuciones, *Stimulus of pemplizations*, está representada por el cristianismo deudor de su vida secreta, mil veces más intensa que su vida oficial, ante las persecuciones de los paganos y los emperadores. Es el mismo caso de los fanariotas ante su

18 Hoy es en la costa, tocando al mar, en Bombay, donde respondiendo a las incitaciones del Occidente vencedor, se despierta el gran movimiento nacional indio.

19 Lo que vale para Europa vale para América: para terminar su periplo, Toynbee nos conduce a los Andes, a Cuzco, a Tenochtitlán, capitales activas (y no Tlaxcala o Cholula, ciudades resguardadas del interior), porque sobre ellas se ejercía la presión de las tribus de la selva o de los chichimecas (III, 207).

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

condición de huéspedes precarios de un *ghetto* cristiano, con su actividad comercial, su toma de contacto con los occidentales y su talento de administradores adquirido en la gerencia de los bienes del Patriarcado; cualidades todas que, a fines del siglo XVII, les valieron en el Imperio otomano una sorprendente revancha material y moral.

Conclusión: las civilizaciones nacen de la dificultad y no de y en la facilidad. A mayor intimación, más viva respuesta, hasta un cierto límite, sin embargo. Donde se ha desarrollado con más fuerza la civilización escandinava no ha sido en Noruega, en la tierra menos agreste, ni en Groenlandia, en la más dura, sino en Islán- dia. Y ello porque esta civilización debía responder, en primer lugar, a las incitaciones de una migración transmarina. De ahí que encontrara en Islandia condiciones de vida más duras que en Noruega. Más duras, pero no demasiado duras, como en el caso de Groenlandia.

Así pues, Toynbee pretende decimos cómo nacen las civilizaciones. Pero ¿nacer? Hay que vivir. Y perdurar. La historia está llena de civilizaciones abortadas, o de civilizaciones detenidas que sin ser desestimadas por fuerzas externas dejan de desarrollarse en un cierto momento, se petrifican, por así decirlo, y chocan con dificultades demasiado constantes y demasiado fuertes; continúan viviendo en una horrible tensión sin llegar nunca a un surgimiento pleno. Ejemplo: la civilización de los esquimales, detenida, atada, por decirlo así, al propio exceso de “duro esfuerzo humano” que supone la cotidiana existencia en un medio ambiente semejante. Otro ejemplo: las civilizaciones de los nómadas, que pagan su audacia de afrontar la estepa. Ejemplos más desarrollados, finalmente: los que

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

proporcionan a Toynbee las civilizaciones de los osmanlíes y los espartanos.

Una respuesta, la primera, a requerimientos de orden humano. El problema era dominar comunidades fuertemente implantadas en terrenos que codiciaban los osmanlíes, antiguos conductores de rebaños en la estepa.

Osmanlíes, que conservaban sus hábitos de pastores — de donde sacarían los medios para triunfar—. El pastor y sus perros y sus caballos, animales que sabe domesticar y que le permiten guiar el rebaño. Los padishahs otomanos fueron hombres a los que domesticaron en lugar de los animales. Soldados o funcionarios, hicieron de ellos perros guardianes humanos. Y por una paradoja que sólo es aparente, les cogieron no sólo entre ellos, sino entre los cristianos. Y es que domar a esos guardianes de hombres suponía tan dura prueba, tal restauración, que únicamente seres totalmente desarraigados de su ambiente humano eran capaces de ejecutarla. Pero tan pronto como a fines del siglo XVI fueron admitidos musulmanes libres en las filas de los jenízaros esto representó el fin de la institución, su desintegración y la desaparición (III, 46).

Diferente y, sin embargo, análogo es el caso de los espartanos. Cuando, hacia el siglo vn antes de Jesucristo, la superpoblación de las ciudades planteó al mundo griego un problema trágico, Esparta no lo resolvió mediante la expansión marítima. Y justificadamente. Se precipitó sobre sus vecinos, los mesemos. Pero éstos no eran, como los bárbaros colonizados por los demás griegos, portadores de una civilización inferior.¹¹ Y la victoria ae los espartanos sobre ellos fue de esas “en que la espada entra en el alma del vencedor” (III, 53). Desde entonces, toda la vida espartana no tuvo más que un objetivo: mantener la conquista y, para ello, forjar una máquina policíaca y de explotación cada vez más rígida y más perfeccionada. En la

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

base, en lugar ²⁰ de esclavos sacados de la masa vencida como en el caso de los osmanlíes, niños libres. Con estos niños se realizaba el mismo trabajo que con los jenízaros: severa selección, especialización absoluta, vigilancia estricta de la vida privada, desarrollo del espíritu de emulación, recompensas y castigos igualmente excesivos. Y tras ello, Esparta en estado de tensión y perpetua excitación. Esparta, gran ironía: un ejército incomparable, pero que los espartanos, ínfima minoría, no se atrevían a aprovechar porque el equilibrio social, estrictamente calculado, dejaba tan poco margen a las fantasías que una victoria excesiva le hubiera descompuesto y echado abajo. Por eso, la victoria fatal de 404 condujo a la derrota fatal de 371. Y a la decadencia (III, 71-75).

Civilizaciones detenidas. Civilizaciones osificadas. Se imagina uno a los insectos: rigidez, inmovilidad, sin impulso posible. Todo se hace con un único fin: no debilitarse.

¿Cómo, pues, medir la vitalidad de una sociedad? Toynbee enumera sus criterios. En primer lugar, el dominio progresivo del medio humano. Después, el dominio progresivo del medio físico. Más tarde, la espiritualización progresiva de todas las actividades humanas. Incluso en el campo de la pura técnica: ¿no se trata del paso de lo más denso a lo más ligero, de lo más pesado a lo más sutil — del carbón al mazut, del agua motriz al vapor? Finalmente, último criterio: la transición de los

20 La superioridad de los griegos sobre los bárbaros era tal que por una parte bastaban pequeños contingentes para asegurar el dominio de los primeros; y, por otra, las tierras colonizadas, valorizadas por los griegos, eran a la vez suficientes para cubrir las necesidades de los conquistados y los conquistadores. De ahí esas simbiosis que fueron las ciudades griegas de Sicilia, la Magna Grecia, Tracia, etc.

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

requerimientos y de las respuestas de fuera adentro. Para nosotros, por ejemplo, los problemas externos están resueltos. Que no se diga que el bolchevismo nos amenaza desde fuera. Es un hecho occidental y no un hecho extranjero: la crítica que el Occidente hace del orden social inestable y transitorio instaurado en el siglo XIX. Y el plan quinquenal, una victoria de la técnica occidental, un paradójico esfuerzo para fundir en el campesinado ruso los ideales contradictorios de Lenin y Ford. O mejor aún: los métodos de Ford y el ideal de Lenin (III, 202). Para nosotros los problemas externos están resueltos; nuestra técnica los domina, pero ¿somos capaces de dominar nuestra técnica?, ¿de triunfar en el plano interno? Es el gran problema y la gran prueba. Veamos.

Estamos ante lo que conduce a Toynbee, por una senda un tanto ondulante, a plantear el problema del desarrollo interno de las sociedades y, principalmente, el problema de las relaciones entre sociedades e individuos. ¿Su respuesta? La sociedad no crea. No es más que el lugar común donde coinciden las actividades individuales. Organiza las comunicaciones entre individuos, pero son éstos, y no las sociedades, los que hacen historia (III, 231). Las sociedades avanzan gracias a los genios que modifican el medio común, responden a los requerimientos que la sociedad recibe, le imponen las mismas transformaciones que se han impuesto a sí mismos. Si los genios no triunfan es porque van por delante de los tiempos, en cuyo caso han de desaparecer.²¹

21 Todo genio rompe un equilibrio, más o menos laboriosamente establecido antes de que él venga a incriminarlo. Una vez que lo ha roto ¿lo restablecerá sobre sus antiguas bases, en la línea del tiempo, o sobre bases nuevas, en una línea imprevista? En todos los casos, el genio se bate contra la sociedad, y el conflicto sólo puede terminar con su derrota o con su triunfo (III, 236).

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

A veces se observa una eclosión simultánea de genios. Los progresos están en el aire. Requerimientos muy semejantes se dirigen a individuos que se mueven en el mismo medio ambiente y provocan respuestas idénticas. Pero la masa es siempre inactiva. Y lo que distingue radicalmente las sociedades primitivas de las verdaderas civilizaciones es la ausencia de minorías creadoras. En todas partes, siempre, el camino de la historia pasa sobre las crestas que separan a las masas estancadas de las minorías despiertas — los genios, que tienen sus leyes particulares, su propio ritmo de vida...

Acción, éxtasis y, de nuevo, acción. Lo que Toynbee denomina la ley de Retirada y Retomo, *Withdrawal and Return*, y que ilustra a continuación poniendo ante nuestros ojos, pinchados con un alfiler en pleno coselete, es una maravillosa galería de genios. Transcribamos: san Pablo, san Benito, san Gregorio Magno, Ignacio de Loyola, Buda, David, Solón, Filopémenes, César, León Siriaco, Mahoma, Pedro el Grande, Lenin, Garibaldi, Hindenburg, Tucídides, Jenofonte, Josefo, Ollivier (¡Émile!), Maquiavelo, Polibio, Clarendon, Abenjal-dún, Confucio, Kant, Dante y... Hamlet. El humor británico no pierde nunca sus derechos.²²

Retirada y Retomo: movimiento universal. No sólo afecta a los individuos, sino a los grupos que, castigados por la vida, se repliegan en sí mismos para lanzarse luego con más fuerza que nunca (III, 233). Afecta a las propias civilizaciones; y Toynbee pretende descubrirlo en la Rusia soviética; pero, para no ser infiel a su teoría sobre la impotencia de las masas, precisa claramente que la *withdrawal* de la minoría creadora precede

22 Cada uno de estos genios tiene derecho a una pequeña nota informativa de 2 a 8 páginas; de donde sale en estado de pieza anatómica, mutilado, deformado, mecanizado a voluntad. Gracias a los cuidados de un hombre, Toynbee, que a cada página clama su culto por la vida...

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

siempre a la de la civilización en su conjunto. E igualmente precisa que frecuentemente los creadores están respondiendo ya a nuevos requerimientos, mientras que la mg- sa dirige, simplemente, los resultados obtenidos con anterioridad.

De aquí deriva el hecho de que la evolución de la civilización se haga a saltos. Expansiones bmscas seguidas de reposos, reposos que preparan nuevos saltos (III, 375). Porque, en una sociedad viva, toda respuesta a una incitación da origen inmediatamente a una nueva incitación. Y como las experiencias que se encadenan varían, las civilizaciones pueden diferir unas de otras. Cada cual posee su estilo particular: Toynbee sigue en este punto fielmente a Spengler. El estilo de la nuestra, y desde hace mucho tiempo (desde mucho antes de los descubrimientos contemporáneos), el estilo de la nuestra, digo, es el mecanicismo. Y el tercer volumen de Toynbee se cierra con esta conclusión optimista: floreciente, abortada o detenida, toda civilización tiene su sentido en un Universo animado por el ritmo que expresa el verso del Corán (X, 4): “Todos volveréis a él. Tal es la verdadera promesa de Dios. Él hace emanar la creación y después la hace retornar”.

La lección de “A Study of History”

Tal es esta obra o, al menos, sus comienzos (Toynbee anuncia veinte volúmenes). Tal la atmósfera de esta gran empresa, plena de cualidades sensibles, de brillos un tanto teatrales, de vivacidad y destreza.

Atmósfera de escalofrío ante la amplia majestad de la historia; sensación producida en el lector confiado por la evocación magistral de todas las civilizaciones en *numerus clausus*, que se desarrollan ante sus ojos deslumbrados como los cuadros de un melodrama: admiración no regateada por el

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

prestidigitador que maneja con un brío tal los pueblos, las sociedades, las civilizaciones del pasado y del presente, de Europa y de África, de Asia y de América; sentimiento de la grandeza de los destinos colectivos de la humanidad, de la pequeñez individual del hombre, de su potrada también, porque —conducido por Toynbee— llega a entrever de una sola ojeada las veintiuna civilizaciones fatídicas con que se ha tejido la trama de la historia humana... Y esta omnisciencia, esta total certeza, estas

explicaciones tan totalizadoras son tan perfectamente explicativas que, al cabo de cincuenta páginas, uno siente nacer una frenética envidia no de comprenderlo todo, sino de aprender, porque, al fin y al cabo, uno no sabe, siempre, todo sobre todo —y porque quedan, todavía, por plantear algunos extraños y bienhechores enigmas...

Si uno resiste a la seducción del mago; si uno rechaza la actitud sentimental del creyente asistiendo a un culto; si se examinan las ideas fríamente, y las conclusiones, ¿qué hay de nuevo en todo eso? ¿qué hay de verdaderamente nuevo y que pueda, historiadores, incitamos a volver sobre nuestros pasos, a una condena de nuestros métodos, a la adopción de métodos nuevos?

¿Nos detendremos en esos artificios seductores, en ese gusto decadente por las aproximaciones bmscas, por los imprevistos contactos de hechos, ideas y aspectos divergentes que ya señalamos en Spengler? Véase el gran Mommsen (I, 3). Todo el mundo sabe que empezó escribiendo, aproximadamente en 1854, una historia “nacional”, la del pueblo romano. Tras lo cual, se dedicó a publicar textos e inscripciones, el *Corpus*, el *Código de Teodosio*, el *Digesto*... ¿Qué decir, sino que la curva de esta vida reproduce sin esfuerzo la curva misma del siglo: ansiedad “nacional” al co-

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

mienzo, y, por tanto, reducción del campo visual del historiador a esos trozos de humanidad que encierran las fronteras; ansiedad industrial después, preocupación por la materia prima a recoger, elaborar, triturar: y, en consecuencia, el historiador trabajando en las “fuentes”, en la materia prima de la historia... Ahí tenemos una ingeniosidad. Una agudeza que debería conducirnos, lógicamente, a hacer de un Mabillon, auténtico proveedor de materia prima histórica, el contemporáneo ignorado (y que se ignoraba) de una gran industria preocupada ya por sus materiales y por su trituración...

Volvamos atrás. ¿Toynbee predicando, tras las huellas de Spengler, la guerra santa contra los cortes arbitrarios, la cerrazón, el espíritu de monografía? Perfecto. Nunca seremos demasiados en favor de esa cruzada. Además, estemos más o menos cualificados para hacerlo, la buena voluntad no siempre es suficiente en estas materias: hace falta competencia. Pero, 'ciertamente, Toynbee no tiene nada que enseñar a ninguno de los que, desde hace años —en Francia y en el extranjero—, participan en el esfuerzo del grupo que Henri Berr, animador de *L'Évolution de l'Humanité*, supo constituir en tomo a su *Revue de Synthèse*, a partir de 1901. Y tampoco a los jóvenes trabajadores que se reúnen en torno a los *Annales fiHistoire Économique et Sociale*, o a los experimentados científicos que, respondiendo al llamamiento del “Comité de l'Encyclopédie française”, se han reunido para pensar el universo contemporáneo no por especialidades, sino en sus problemas vivos y sin preocuparse por delimitaciones de escuela u oficio. A. J. Toynbee une simplemente una voz inglesa a nuestras voces francesas. No nos corresponde a nosotros decir hasta qué punto esta vez se destaca de las demás en el mundo oritánico. En el nuestro, su

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

sitio está en los coros.

Toynbee tiene razón en procesar alegremente las historias nacionales que sólo son nacionales y a los historiadores miopes que (I, 15) se niegan a ver en su país un simple elemento de la totalidad. Con un ardor de neófito enseña a sus lectores que uno no debe quedarse hipnotizado en Inglaterra, sino tener en cuenta el conjunto de la sociedad occidental— de la misma manera que no podemos dedicar nuestros desvelos únicamente a Atenas o sólo a Lacedemonia, sino a toda la sociedad helénica —. Muy bien. A condición de que nos acordemos de un pequeño dato: el hombre que con más vigor y autoridad proclamaba, no hace mucho tiempo, las virtudes del método comparativo en historia, es precisamente autor de una historia nacional. Se trata de Henri Pirenne, quien supo hacer de la *Historia de Bél-*

gica el más rico capítulo de una historia de Europa que aún está por crear. Lo que, si fuera preciso, debería ponernos en guardia contra fáciles oposiciones y prédicas un tanto simples, al modo del publicista, pero con el horror del científico.

Aclarado todo eso, hay que hacer balance: 1.300 páginas de texto que acabamos de resumir en una veintena, poco más o menos, y cuyo contenido “original” se reduce, al fin y al cabo, a tres o cuatro tesis. ¿Discutibles para el historiador? Sí, con la condición de ponerse antes de acuerdo sobre ciertas precauciones.

Toynbee, a diferencia de Spengler, no profesa el pesimismo radical. Más bien al contrario, enseña lo que podríamos denominar un optimismo cosmológico. En su opinión, la significación de tantas civilizaciones como han venido al mundo y han desaparecido se revelará en otro mundo. Respetable creencia, aunque bastante vaga (si me atreviera, diría: un poco

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

cloròtica); pero no vamos a discutirla, ya que es irrelevante tanto para la historia como para la crítica.

Preocupado por volver a dar a la historia su impulso vital, Toynbee trata, por otra parte, de salvarla de la mecanización. De aquí, desde luego, todo el arsenal de expresiones y metáforas “vitalistas”; y, sobre todo, la ley suprema de la vida (en su opinión, al menos, la ley de *Challenge and Response*). Y en esta ocasión, historiadores, decimos: fórmula filosófica. Verdad filosófica, si Toynbee lo prefiere. Pero que no vamos a discutir. Como tampoco discutiremos la ley del *Withdrawal and Return* que lleva a nuestro autor a instalarse en la misma cadena para hacer desfilar ante nosotros a Tucídides, Mahoma y... Émile Ollivier. También en este punto, simplemente diríamos: nada que tenga que ver con nosotros; nada que tenga relación con nuestro trabajo, nuestras preocupaciones y nuestros métodos — nada, si Toynbee no pretendiera haber descubierto estas leyes por la gracia de un método: el método histórico comparativo. En consecuencia, una cuestión se plantea para nosotros, aficionados y buscadores de realidades históricas y no de verdades filosóficas: ¿es lícito, metódicamente sano y correcto de procedimiento instituir, entre veintiuna civilizaciones escalonadas de un extremo a otro de la cadena de los tiempos y distribuidas por toda la circunferencia del globo, una serie de comparaciones válidas y fecundas?

Veámoslo con Toynbee, ya que en la primera parte de su libro dedica cuarenta páginas a hacer la apología no diremos de *el* método, sino de *su* método comparativo. Y, una por una, expone, y luego refuta, las objeciones que más se teme. He aquí la primera: las sociedades no son comparables por heterogéneas. Nada tienen en común, salvo este hecho bruto: todas representan campos igualmente válidos de investigación histórica — lo que es un tanto vago para permitir realizar verdaderas

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

comparaciones —. Error, responde Toynbee. Las veintiuna sociedades tienen de común en todos los casos lo siguiente: son “civilizaciones” y no sociedades primitivas. Las sociedades primitivas son 650. Pero estas veintiuna civilizaciones tienen por sí solas más miembros que todas las sociedades primitivas juntas. Y el hecho de que todas ellas son igualmente “civilizaciones” nos proporciona una base válida para la comparación. Sea. Pero ¿no habría que ponerse de acuerdo antes sobre lo que llama civilización?

Segunda objeción, que se opone diametralmente a la primera: heterogeneidad de las civilizaciones. Acabamos de ver lo que hay que pensar sobre eso; unidad de la civilización. Siempre habrá quien mantendrá la tesis: la humanidad es una; no permite su separación en ramas; en consecuencia, no puede hablarse de civilizaciones: no hay más que una, *la Civilización*. — Toynbee dedica más de veinte páginas (I, 150-172) a combatir esta tesis y, de paso, la concepción europecéntrica de una historia que, en el fondo de su corazón, gustaría a la civilización occidental del siglo xx. Cosa que está muy bien — pero el lector francés, primero, sonrío al ver a don Quijote lanzarse contra ese espejo con tanta convicción; tras lo cual, se sorprende un poco: ¿no será que la Gran Bretaña seguirá siendo tan fiel a las ideas del siglo xvii declinante para que hagan falta tantos esfuerzos, tantas páginas para combatirlos?

Toynbee ve venir una objeción más grave: “Las veintiuna civilizaciones —se dirá— no son contemporáneas; se extienden a lo largo de 6.000 años. ¿Cómo compararlas, entonces?” Pero ¿qué son 6.000 años si se piensa que el mundo se remonta a dos mil millones de años, la vida sobre la tierra a 300 millones y la aparición del hombre (nosotros dejamos, naturalmente, a Toynbee la responsabilidad de todas esas fechas) a 300.000? Así es que 6.000 años, y vistos desde Sirio, no son nada. Una

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

película de tiempo sin grosor apreciable. ¿Vamos a establecer diferencias? Así pues, sigamos: todas las civilizaciones son contemporáneas. Tanto más cuanto que cada una de ellas, como un verdadero individuo, no representa nunca más que tres edades sucesivas: la de la génesis y, si lo hay, el encuentro con una civilización externa; la del nacimiento; la edad de la afiliación a una nueva civilización o la de la extinción pura y simple. ¡Pasa, nuez! La nuez pasa; el prestidigitador es hábil, pero ¿no lleva acaso a mecanizar una historia que se trataría de vitalizar? Dejémoslo y dejemos también lo que sigue. La nueva puerta que Toynbee hunde presionando vehementemente con los brazos extendidos (I, 175-177): todas las civilizaciones se hacen valer, afirma, y la nuestra no es una culminación. ¡Levantemos acta!

Queda 1\$ última objeción: “Todo hecho histórico es un hecho único —y, en consecuencia, por naturaleza y definición, imposible de comparar a otros—”. Toda vida, responde Toynbee, no sin cierto malestar, toda vida es a la vez única y comparable a las otras vidas. La existencia de ciencias como la botánica y la zoología, las ciencias biológicas en general y la fisiología demuestra por sí sola, experimentalmente, que los fenómenos de la vida pueden ser comparados. Y de forma semejante, la existencia de la antropología, que no se priva en absoluto de hacer comparaciones... ¿Comparaciones? Pero las sociedades primitivas son sociedades sin historia... — Sólo os lo parece, responde Toynbee, porque faltan documentos. Admite usted que se comparen instituciones primitivas. Si usted pudiera reconstituir la historia de las sociedades que las adoptaron o crearon, admitiría también que se estudiara comparativamente esas sociedades en su evolución. Por tanto, ¿qué le impide admitir que se estudie comparativamente, de la misma manera, las sociedades, las civilizaciones que poseen todos los

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

documentos necesarios para un estudio tal? Tanto más cuanto que, desliza hábilmente Toynbee (I, 180), de todo estudio empírico de las civilizaciones resulta la existencia de un elemento de regularidad y de repetición que proporcionará la mejor de las bases a nuestro método comparativo. Forma astuta, como se ve, de dar por demostrado lo que habría que demostrar.

Después de lo cual, nuestro autor añade: ¿discuten ustedes, historiadores, con pedantería sobre la posibilidad de aplicar el método comparativo a hechos vivos o que fueron tales? Los hombres de negocios no discuten tanto. ¿Sobre qué fundan sus empresas?, ¿sobre qué basan, por ejemplo, las compañías de seguros sus actividades? Sobre estadísticas. Es decir, sobre comparaciones válidas entre hechos que se consideran “únicos”. Las estadísticas no engañan: desprécíelas, y su empresa se debilitará, utilícelas juiciosamente, y prosperará. Por tanto... Por tanto, imitemos a los hombres e negocios, historiadores timoratos. Y utilicemos, como ellos, el método comparativo.

¡Un momento! Yo no pregunto si es a la noción de precio de coste o primas de seguros a calcular adonde conducen finalmente tan hermosas declaraciones sobre la vida y la historia viva. Yo pregunto, simplemente: ¿asegura usted que los hombres de negocios dt en su buen sentido al hecho de que no se han formado en los métodos desusados de la historia? Perfecto. ¿El buen sentido les incita a encontrar “muy natural” el empleo del método comparativo en su campo? De acuerdo. Pero ¿qué es lo que comparan?, ¿a qué límite de tiempo aplican sus comparaciones? Si se salen de esos límites yo les desaconsejaría, sin vacilar, que basaran sus cálculos para la próxima cosecha en las fluctuaciones de los precios del trigo en las riberas del Nilo durante el reinado de Ramsès II... Y no vacilaría incluso en rogarles que se lo pensarán dos veces antes de deducir de la observación de los hechos europeos de hace

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

cincuenta años leyes aplicables, tal cual, a los hechos europeos de hoy. Pero dejemos de seguir a Toynbee en su campo y de polemizar ficticiamente a ejemplo suyo con interlocutores británicos que, vistos a través de él, nos parecen viejos de viejos países atrasados y de una ingenuidad un poco demasiado favorable a los éxitos de Toynbee. No creo que ni yo, ni ninguno de los compañeros de armas históricas de que hablaba antes — los de la *Revue de Synthèse*, los de los *Annales* y los de la *Encyclopédie*— demos la impresión de ser historiadores refractarios a cualquier innovación. Yo no creo — y la colección de estas publicaciones proporcionaría un testimonio a Toynbee si tuviera más curiosidad por las cosas y las ideas de Francia (dejando aparte a Émile Ollivier y Gobineau) — no creo, digo, que nunca haya tomado posición contra el método comparativo. Al contrario, creo saber perfectamente que he roto más de una lanza en su favor. Pero con las necesarias prudencias.

Comparemos, sí. Pero como historiadores. No por el gozo perverso de sumergirnos en la nada de veintiuna conchas vacías, sino por el sano y fuerte placer de aprender de lo concreto, de diseccionar cada vez con más agudeza esos cadáveres de tiempos idos que son las civilizaciones. Comparemos. Pero no para fabricar, al fin, a la buena de Dios, extraños conceptos abstractos de iglesia ecuménica, estado universal o invasión de los bárbaros, con datos chinos que se mezclan con hechos indios, rusos y romanos. Comparemos para poder sustituir por plurales esos singulares, pero con conocimiento de causa. Para poder decir, si se me permite elegir un ejemplo que me es familiar: no ya *la* Reforma, sino *las* Reformas del siglo xvi, mostrando de qué manera éstas se han operado en formas diferentes en distintos ambientes nacionales y sociales como respuesta a los “requerimientos” del mundo medieval descompuesto; *las Reformas*, lo que no quiere decir una colección de disertaciones

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

monográficas sobre los detalles de los dogmas formulados por Lutero, Zuinglio, Melancton, Bucer o Calvino, sino la explicación de las variantes que introducía la vida, con sus particularidades, en el conjunto de las “concepciones del mundo” que estos hombres formulaban para uso propio y para el de sus contemporáneos. Cada una de estas variantes debía tener en cuenta todas las de los vecinos y se originaban en las condiciones de existencia propias de los individuos, los grupos, las clases y las naciones. Ciertamente es una empresa para la que se necesita mucho impulso. Pero, al fin y al cabo, modesta, si la comparamos a la de Toynbee. Menos de un siglo frente a 6.000 años: película por película, la primera es más delgada.

A lo cual se objetará lo siguiente: “Ese pasado que usted trata de comprender e interpretar en su trabajo, en definitiva ¿no lo reconstruye usted realmente?” — Claro que sí. Toda ciencia es constructiva. Pero no toda construcción es igualmente sólida, leal y lícita. Decir que los documentos no lo dicen todo; decir que el historiador ha de tener, para interpretarlos, adivinación, una cierta especie de sensibilidad, antenas; decir que de los documentos no se desprenden irresistiblemente y automáticamente las mismas conclusiones, son otras tantas perogrulladas. Pero pretender reconstituir de manera válida el pasado con la ayuda de una centena de datos sacados de algunas memorias de especialistas es una audacia. Pretender hacerlo de tercera mano, siguiendo datos obtenidos en manuales, es una quimera.

Y añadido: es realmente una pérdida de tiempo continuar oponiendo, como se hace perezosamente, el “especialista”, autor de monografías, al verdadero historiador, constructor de síntesis. Aquí hablo como práctico de la historia. ¿Especialista o sintetista? Las dos cosas a la vez, porque hay que ser las dos cosas. Generalizar en lo concreto, sin preocuparse por abstracciones hechas en serie; ésta es la cumbre última a coronar

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

por el historiador, la más alta y la más difícil. No todos la alcanzan, ni todos están dotados para alcanzarla. Y no la trasponen más que los que primero hayan hecho lentamente, penosamente, difícilmente, sus marchas de aproximación por la montaña. No hay nada que pueda dispensar de eso a nadie. Pretender encaramarse en la cumbre de un salto, tomar en ella una posición de vanguardia y luego partir de nuevo de otro salto, saludando, está muy bien para una fotografía de portada en una revista ilustrada. Pero eso no pasa entre los alpinistas. Quiero decir, los historiadores.

Y ataque final: que Toynbee y sus émulos de todos los países dejen de ironizar sobre los especialistas, esos atrasados que tienen la culpa de todo. Toynbee y sus émulos son, al menos, tan atrasados como ellos. Los especialistas son de “ayer”, los otros también, si no son de anteayer. “La vida”: se les llena la boca con la palabra. Igual que a los de 1900. Pero no va a ser comparando a la vez veintiuna civilizaciones como se captará la vida. Por fuerza ha de desvanecerse entre las manos de los “comparatistas” que enfrentan violentamente Asurbanipal con san Luis o Sesostris con Lenin. Menos devoción verbal por *la Vida* y más respeto por *las Vidas*. En los límites de un determinado período ¿es ya tan difícil para el historiador, me imagino, no proyectar sus ideas, sus sentimientos, sus preocupaciones de hombres de siglo xx en los espíritus y los corazones de los hombres del siglo xvi? Comparar veintiuna sociedades es querer cometer veintiuna veces multiplicado por veintiuna el pecado capital, el pecado irremisible del anacronismo. Y de una sola vez.

¿Tienen o no tienen historia los “primitivos”? El problema no es ése, en mi opinión. Lo que distingue las tribus de “primitivos” de las sociedades de los “civilizados” es esencialmente esto: puede hablarse con cierta legitimidad de los

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

zulúes o los cafres, porque están relativamente muy poco diferenciados en el interior del grupo; en cualquier caso, mucho menos que los civilizados. Pero es arriesgarse a cometer un abuso de confianza histórica hablar, si no se hace con atención, de los griegos, de los romanos, los franceses de la Edad Media, los italianos del Renacimiento — y aun más, de los hombres de la Edad Media o de los del Renacimiento (“sin más”, como quien dice). Y embrutecer la vida, con el pretexto de expresarla con una sola palabra. Recojamos un ejemplo caro a Toynbee: el “duro esfuerzo” de sus espartanos es muy real pero es el duro esfuerzo de un hábil periodista. Saltemos, también nosotros, los siglos, aunque no sea más que por una vez. ¿No se escribirían, si uno quisiera, hermosas páginas comparando Esparta con la Alemania de los nazis? ¿Pero qué es la Alemania de los nazis, sino un título, una rúbrica, una forma cómoda de expresarse? ¿Alemania nazi? Son los propios nazis quienes lo consideran una realidad. Pero la realidad viviente de la Alemania contemporánea está hecha, a los ojos del historiador y para hablar con el lenguaje de Toyn- bee, de respuestas diferentes que los diferentes grupos y los diferentes individuos dan ante las “incitaciones” del nacional-socialismo. Está hecha de toda la gama de compromisos que se escalonan desde el 95 por 100 de adhesión hasta el 100 por 100 de rechazo, y de la fusión dinámica (y viviente) de tradiciones vivas, supervivencias fragmentadas y experiencias vividas que recubre el manto del conformismo oficial. Y Esparta ¿qué? Si la uniformidad nazi no es más que una palabra, ¿qué pensar de la uniformidad espartana y ae la imagen que de ella nos da Toynbee? No echemos sobre tantas lagunas la máscara de un decorado de cartón piedra, prestigioso, por lo demás, y muy al gusto del Londres de 1936.

Historia comparada a lo Toynbee... ¿No estaremos ante una resurrección, en el siglo xx, de un viejo género literario que tuvo

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

su momento de plenitud y sus obras maestras? Un género literario que desde Luciano a Fontenelle se llamó *Diálogos de los muertos*.

Concluycamos con dos palabras. Lo que de loable nos aporta *A Study of History* no es gran cosa nueva para nosotros. Y lo que nos aporta de nuevo, no nos sirve.

Una vez leído el libro andamos un poco a tuestas: no se ha echado nada por tierra, nada se ha conmocionado; no estamos más engreídos de nuestras conquistas que antes —tampoco desazonados por los fracasos—. La verdad es que no descubrimos en nuestro bolsillo ninguna llave. Ninguna ganzúa capaz de abrir, indistintamente, las veintiuna puertas de las veintiuna civilizaciones. Pero es que ¡jamás hemos intentado tenerlas! Aun sin orgullo, tampoco estamos faltos de confianza. Sabemos perfectamente por qué la historia es todavía entre las ciencias humanas una Cenicienta sentada debajo de la mesa. Y sabemos también que participa en la crisis general y profunda de las ideas y de las concepciones científicas que ha provocado un súbito impulso de ciertas ciencias: en particular, la física, al destruir nociones que desde hace varias décadas parecían adquiridas y sobre las cuales la humanidad descansaba a pierna suelta. Sabemos que nuestras ideas, fundadas en una filosofía científica pasada de moda, han de ser revisadas en función de tales transformaciones y porque la ciencia es una y todas las demás ciencias solidarias de ella — y nuestros métodos revisados en función de nuestras ideas—. Nada hay en eso que nos espante, nada que pueda incitarnos, renunciando a nuestra labor prudente y difícil, a echarnos en los brazos de milagrosos, de taumaturgos cándidos y astutos a la vez, de fabricantes de baratas filosofías de la historia. Pero en veinte volúmenes.

Y en cuanto a la afirmación implícita que se deriva del libro de Toynbee, afirmación que no se formula, pero que se advierte

POR UNA HISTORIA DIRIGIDA

en cada una de las páginas del libro, “la historia se repite”, hay que decir: sí, la historia se repite, en efecto. En todo el sentido en que lo expresaba aquel viejo bibliotecario de un Sha agonizante. El monarca deseaba tanto, en el último minuto de su vida, aprender toda la historia... “Mi príncipe — le dijo el viejo sabio—, los hombres nacen, aman y mueren”.